REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 17 de Junio — Núm. 23

Año XIV. No. 639

SUMARIO

En torno a Galileo

Pensamientos en el tricentenario de su condenación

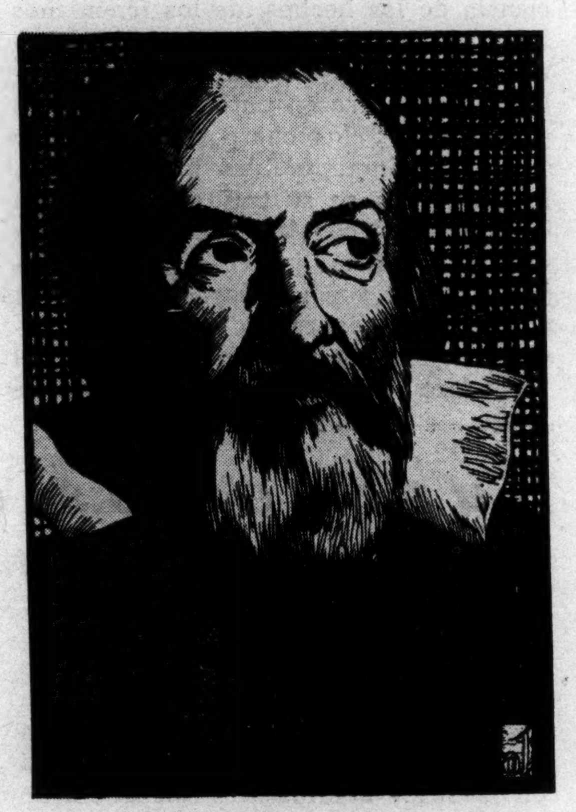
= De *La Nación*, Buenos Aires =

En junio de 1633, Galileo Galilei, de setenta años, fué obligado a arrodillarse delante del Tribunal Inquisitorial en Roma y a abjurar de la teoría copernicana, concepción que hizo posible la física moderna.

Se van a cumplir, pues, los trescientos años de aquella deplorable escena. Yo invito a los lectores para que en homenaje a Galileo desarrollen conmigo algunos temas en torno al pensamiento de su época.

Si rendimos homenaje a Galileo es porque nos interesa su persona. Mas, ¿por qué nos interesa? Evidentemente por razones muy distintas de aquellas por las cuales Galileo interesaba a Galileo. Cada cual se interesa a sí mismo, quiera o no, téngase en poco o en mucho, por la sencilla razón de que cada cual es sujeto, protagonista de su propia e intransferible vida. Nadie puede vivirme mi vida, tengo yo por mi propia y exclusiva cuenta que írmela viviendo, sorbiendo sus alborozos, apurando sus amarguras, aguantando sus dolores, hirviendo en sus entusiasmos. Que cada cual se interese por sí mismo no necesita, pues, especial justificación. Pero sí la ha menester nuestro interés por otra persona, máxime cuando no es un contemporáneo. A primera vista nuestros intereses, nuestras admiraciones, nuestras curiosidades ofrecen el aspecto de un fortuito enjambre. Pero no hay tal. Nuestra existencia es un organismo, y todo en ella tiene su ordenado puesto, su misión, su papel.

Galileo nos interesa no así como así, suelto y sin más, frente a frente él y nosotros, de hombre a hombre. A poco que analicemos nuestra estimación hacia su figura, advertiremos que se adelanta a nuestro fervor, colocado en un preciso cuadrante, alojado en un gran pedazo del pretérito que tiene una forma muy precisa: es la iniciación de la Edad Moderna, del sistema de ideas, valoraciones e impulsos que ha dominado y nutrido el suelo histórico que se extiende precisamente desde Galileo hasta nuestros pies. No es, pues, tan altruista y generoso nuestro interés hacia Galileo como al pronto podíamos imaginar. Al fondo de la civilización contemporánea que se caracteriza entre todas las civilizaciones por la ciencia exacta de la naturaleza y la técnica científica, late la figura de Galileo. Es, por tanto, un ingrediente de nuestra vida y no uno cualquiera, sino que en ella le compete el misterioso papel de iniciador.



Galileo Galilei

Pero se dice y tal vez con no escaso fundamento, que todos esos principios constitutivos de la Edad Moderna se hallan hoy en grave crisis. Existen, en efecto, no pocos motivos para presumir que el hombre europeo levanta sus tiendas de ese suelo moderno donde ha acampado durante tres siglos y comienza un nuevo éxodo hacia otro ámbito histórico, hacia otro modo de existencia. Esto querría decir: la tierra de la Edad Moderna que comienza bajo los pies de Galileo termina bajo nuestros pies. Estos la han abandonado ya.

Pero entonces la figura del gran italiano cobra para nosotros un interés más dramático, entonces nos interesa mucho más interesadamente. Porque si es cierto que vivimos una situación de profunda crisis histórica, si es cierto que salimos de una Edad para entrar en otra, nos importa mucho: 1º Hacernos bien cargo, en rigurosa fórmula, de cómo era ese sistema de vida que abandonamos. 2º Qué es eso de vivir en crisis histórica. 3º Cómo termina una crisis histórica y se entra en tiempo nuevo. En Galileo y Descartes termina la mayor crisis porque ha pasado el destino europeo, una crisis que comienza a fines del siglo xiv y no termina hasta los albores del xvii. Al fin de ella, como divisoria de las aguas y cima entre dos edades, se alza la figura de Galileo. Con ella el hombre moderno entra en el mundo moderno. Nos interesa, pues, sobremanera hacernos cargo de aquella crisis y de este ingreso. Todo entrar en algún sitio, todo salir de algún recinto es un poco dramático, de aquí las supersticiones y los ritos del umbral y del dintel. Los romanos creían en dioses especiales que presidían a esa condensación de enigmático destino que es el salir y es el entrar. Al dios del salir llamaban Abeone, al dios del entrar llamaban Adeone. Si, en vez del dios pagano, decimos, con un vocablo cristianizado, patrono, nada puede parecer más justificado que hacer a Galileo patrono abeone en nuestra salida de la modernidad, patrono adeone de nuestro ingreso en un futuro palpitante de misterio.

Todo el que se ha acercado a estudiar la etapa europea que va de 1400 a 1600 se ha dado cuenta de que es, entre todos los períodos de nuestra historia occidental, el más confuso y hoy por hoy indominado. En 1860 publicó Jacobo Burckhardt su "Cultura del Renacimiento en Italia". Por vez primera la palabra Renacimiento, que andaba vagando desde Vasari con significaciones indecisas, cobra un sentido preciso y representa la definición de un tiempo histórico. Era un primer ensayo de

aclaración que ponía un esquema de orden sobre tres siglos de confusa memoria. Una vez más se pudo ver que el conocimiento no consiste en poner al hombre frente a la pululación innumerable de los hechos brutos, de los datos nudos. Los hechos, los datos aun siendo efectivos no son la realidad, no tienen ellos por sí realidad y como no la tienen, mal pueden entregarla a nuestra mente. Si para conocer, el pensamiento no tuviese otra cosa que hacer sino reflejar una realidad que está ya ahí, en los hechos, presta como una virgen prudente esperando al esposo, la ciencia sería cómoda faena y hace muchos milenios que el hombre habría descubierto todas las verdades. Mas acontece que la realidad no es un regalo que los hechos hacen al hombre. Siglos y siglos los hechos siderales estaban patentes ante los ojos humanos y, sin embargo, lo que estos hechos presentaban al hombre, lo que estos hechos patentizaban no era una realidad, sino todo lo contrario, un enigma, un arcano un problema ante el cual se estremecía de pavor. Los hechos vienen a ser, pues, como las figuras de un jeroglífico. ¿Han reparado ustedes en la paradójica condición de tales figuras? Ellas nos presentan ostentosamente sus clarísimos perfiles, pero ese su claro aspecto está ahí precisamente para plantearnos un enigma, para producir en nosotros confusión. La figura jeroglífica nos dice: "¿Me ves bien? Bueno, pues eso que ves de mí no es mi verdadero ser. Yo estoy aquí para advertirte que yo no soy mi efectiva realidad. Mi realidad, mi sentido está detrás de mí, oculto por mí. Para llegar a él tienes que no fiarte de mí, que no tomarme a mí como la realidad misma, sino, al contrario, tienes que interpretarme, y esto supone que has de buscar como verdadero sentido de este jeroglífico otra cosa muy distinta del aspecto que ofrecen sus figuras".

La ciencia es, en efecto, interpretación de los hechos. Por sí mismos no nos dan la realidad, al contrario, la ocultan, esto es, nos plantean el problema de la realidad. Si no hubiera hechos no habría problema, no habría enigma, no habría nada oculto que es preciso desocultar, descubrir. La palabra con que los griegos nombraban la verdad es alethia, que quiere decir, descubrimiento, quitar el velo que oculta y cubre algo. Los hechos cubren la realidad y mientras estemos en medio de su pululación innumerable estamos en el caos y la confusión. Para des-cubrir la realidad es preciso que retiremos por un momento los hechos de en torno nuestro y nos quedemos solos con nuestra mente. Entonces, por nuestra propia cuenta y riesgo, imaginamos una realidad, fabricamos una realidad imaginaria, puro invento nuestro: luego, siguiendo en la soledad de nuestro íntimo imaginar, hallamos qué aspecto, qué figuras visibles, en suma, qué hechos produciría esa realidad imaginaria. Entonces es cuando salimos de nuestra soledad imaginativa, de nuestra mente pura y aislada y comparamos esos hechos que la realidad imaginada por nosotros produciría con los hechos efectivos que nos rodean. Si casan unos con otros es que hemos descifrado el jeroglífico, que hemos descubierto la realidad que los hechos cubrían y arcanizaban.

Esta faena es la ciencia: como se ve, consiste en dos operaciones distintas. Una puramente imaginativa, creadora, que el hombre pone de su propia y libérrima substancia; otra confrontadora con lo que no es el hombre, con lo que le rodea, con los hechos, con los datos. La realidad no es dato, algo dado, regalado, sino que es construcción que el hombre hace con el material dado.

No debía ser necesario hacer constar esto: todo el que se ocupa de labores científicas debiera saberlo. Toda la ciencia moderna no ha hecho sino eso y sus creadores sabían muy bien que la ciencia de los hechos, de los fenómenos tiene en un cierto momento que desentenderse de éstos, quitárselos de delante y ocuparse en puro imaginar. Así por ejemplo: los cuerpos lanzados se mueven de innumerables modos, suben, bajan, siguen en su trayecto las curvas más diversas, con las más distintas velocidades. En tan inmensa variedad nos perdemos, y por muchas observaciones que hagamos sobre los hechos del movimiento no lograremos descubrir el verdadero ser del movimiento. ¿Qué hace, en cambio, Galileo? En vez de perderse en la selva de los hechos entrando en ellos como pasivo espectador, comienza por imaginar la génesis del movimiento en los cuerpos lanzados "cujus motus generationem talem constituo. Mobile quoddam super planum horizontale proiectum "mente concipio" omni secluso impedimento".

Así inicia Galileo la Jornada cuarta de su libro postrero titulado "Diálogo de las nuevas ciencias o discorsi e dimostrazione in torno a due nuove scienze attenenti a la Mecánica ed ai movimenti locali". Estas nuevas ciencias son, nada menos, la física moderna.

"Concibo por obra de mi mente un móbil lanzado sobre un plano horizontal y quitando todo impedimento". Es decir, se trata de un móbil imaginario en un plano idealmente horizontal y sin estorbo alguno—pero esos estorbos, impedimentos que Galileo imaginariamente quita al móbil son los hechos—ya que todo cuerpo observable se mueve entre impedimentos, rozando otros cuerpos y por ellos rozado. Comienza, pues, por construir idealmente, mentalmente, una realidad. Sólo cuando tiene ya lista su imaginaria realidad observa los hechos, mejor dicho, observa qué relación guardan los hechos con la imaginada realidad.

José Ortega y Gasset

Madrid, mayo de 1933.

Busquemos el equilibrio

Carta a Juan del Camino

= *Envío del autor*. Manizales, Colombia =

"Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón; y atentos a la fineza y arte, alargáranse a juzgarlo por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diera su voto; y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle, y dijo que valía una ciudad; propio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. "Pues príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto". El entonces, echando mano a su cimitarra, dijo: "Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazón de valor".

Exquisita anécdota ésta en que Gracián—a quien cito sólo para corresponder a mi gallardo contendor del momento, Juan del Camino—en su galano estilo y de inconfundible manera saca de una escena simple una admirable lección, que utilizo ahora a manera de estimulante, que no de panacea, para salir de nuevo al campo de las ideas donde erguido caballero me espera, lanza en ristre y cara al sol; caballero que como a contendor, hubiera envidiado el mismísimo Duque de Orleans, más tarde Luis XII de Francia. En mi caso, la falta de donosura en el decir, la suple, y con ventaja, la claridad y mi personal manera de ser; y por si esto no alcanzare a cubrir, tengo para ofrecer mi vehemente deseo de acertar, de encontrar la verdad en lo que antes era claro y que hoy se va tornando laberíntico; la verdad, que con ser virtud exclusiva de los dioses, suele entregarse en veces a los humildes en brazos de la razón.

De un honrado periodista aprendí, en épocas en que no escaseaban, que es mala táctica rectificar conceptos; mas cuando ellos provienen de poca información, conviene al menos aclararlos. Mi amigo Juan del Camino ha dicho abundando en ligereza: "Sorprende al escritor Arturo Zapata que hablemos de diálogo entre los pueblos. Pero esa sorpresa viene en él de que todavía vive sumiso a las supersticiones que las castas gobernantes han creado en torno de ellas". No, amigo mío: O la información es equívoca o falsa su deducción, porque yo no soy ni lo uno ni lo otro, esto es, lo que precisa ser por estos lados de América para llegar a **notable**; no vivo sumiso a las supersticiones, entre otras razones, porque no puedo ser

sumiso; me dotó la naturaleza de una rebeldía que en veces me resulta hasta enfadosa, pero que al propio tiempo me ha inmunizado, a lo largo de seis lustros, para no verme enfilado entre los de la "asistencia áulica". No soy supersticioso; ni en política, porque no creo en la sinceridad tan manoseada de los partidos tradicionales ni en su eficacia. Estoy con usted en casi la totalidad de sus apreciaciones al respecto. Tampoco en filosofía, porque me atrae dócilmente el racionalismo; naturalmente, un racionalismo equilibrado, justo, extraño a las palabras del Maestro cuando dijo: "El que no está conmigo está contra mí". Menos en asuntos sociales, pues profeso que todos tenemos derecho a un campo bajo el sol, como que todos somos hijos de Dios. Así pues, no es por sumisión por lo que dije lo que dije en mi anterior artículo, sino porque eso es lo que pienso. Lo que sí sería una supersticiosa sumisión, más grave cuanto que es más dilatado el motivo de ella, sería que en gracia de un americanismo teórico que apenas sí alimentamos para remotos tiempos unos cuantos espíritus libres, entre los cuales cabemos bien usted y yo, aceptara sin reparos la desmembración alevosa del territorio que figura hoy dentro del concepto de patria; y sin que yo crea que las fronteras deben ser geográficas, sí profeso que es menester defenderlas y hacerlas respetar mientras ellas existan; otra cosa será cuando ya desaparezcan, como que ello habrá de ser consecuencia de la superación espiritual de los pueblos. Mas como se puede argumentar en contra de esta tesis, como ya se ha hecho por algunos que probablemente no nos quieren bien, que el caso de Panamá es igual al del Perú, me anticipo a defenderla con un ejemplo simple: el hecho de que un hombre sea incapaz de enfrentarse a un tigre, no autoriza a dejarse arañar impunemente del primer gato trasnochador que pase.

Ahora bien: hecha mi defensa a su cargo, que me pesaba como plomo al cuello, mejor será que antes de seguir adelante amojonemos debidamente lo esencial de esta polémica, que me entusiasma, pero que puede enredarse fácilmente en la telaraña de las palabras. Veamos su tesis: Primero: los gobiernos son todos malos como que ellos no representan la voluntad de sus pueblos; y por lo que hace a Olaya Herrera y a Sánchez Cerro, los sitúa a usted en un mismo pie de igualdad desde un punto de vista intelectual y moral. Segundo: los tratados celebrados entre esos gobiernos son papeles sin valor ético ni jurídico que los pueblos pueden desconocer y en consecuencia violar. Tercero: la idea de patria continental debe primar sobre el concepto actual, aun sacrificando el derecho a la propia defensa. Más o menos son estos los principios que usted, noble amigo, ha expuesto; y a ellos voy a referirme.

En el punto primero sienta usted una tesis absolutamente anarquista, como que ella tiende a que los pueblos se gobiernen por sí mismos, esto es, que no acepten lo que hagan los gobiernos que ellos mismos han elegido. Mas como yo no entiendo como puede vivir organizadamente un pueblo constituído en su mayoría por inteligencias medias, lógicamente tenemos que aceptar que debe haber alguien que gobierne; en la elección de ese alguien es dónde reside el secreto, y los mismos pueblos tienen la libertad—claro que no todos—para escoger sus hombres. Tenemos los dos extremos en Italia y Rusia, y la verdad es que yo pienso que es preferible este término medio en que vivimos los de este lado. Naturalmente, hay mucho para destruir, más para modificar y poco para dejar; pero el ambiente es más propicio para realizar, como que no prima un criterio rígidamente unilateral. Por lo que hace a los gobiernos de Colombia y el Perú y a sus pueblos, quiero pensar que usted exagera al parangonarlos; y sin que yo pretenda hacer una defensa de Olaya Herrera, a quien usted juzga como a un malhechor igual a Sánchez Cerro, sí me permito creer que las sugestiones que hace usted contra él no sirven para sustentar una tesis, como que ellas apenas son suposiciones que cada uno tiene el derecho de hacerse pero que no ofrecen consistencia para respaldar una acusación en materia grave. En lo que usted llama "feo negocio de los arreglos petroleros hechos por este gobernante con compañía norteamericana", veo yo solamente un mal negocio, y si en él hubo malicia, lo cual hasta hoy no se ha comprobado, tiempo habrá para castigar con dureza a sus responsables; pero dentro del terreno racionalista una suposición no puede parangonarse con hechos delictuosos cumplidos y claramente demostrados. Tenemos, pues, del lado de allá, un caudillo sobre quien pesan crímenes públicos, que quiere llevar a su pueblo a una guerra que él y sólo él ha provocado; y del lado de acá, un pueblo que apremia a su gobernante para que haga respetar lo que él sabe que son sus derechos: un gobernante doctor, o general o lo que usted quiera, que para el caso el título es indiferente, pero de todos modos un hombre sobre quien no pesan delitos públicos sino meras suposiciones. De un lado, un gobernante que ataca arrastrando a su pueblo; del otro, un pueblo que se defiende apremiando a su gobernante.

El segundo punto de su tesis sienta el principio de que los tratados celebrados entre los gobiernos carecen de valor efectivo, vale decir que pueden violarse. No quiero pensar en lo que sería el mundo aceptando su doctrina. Supongamos que en un momento dado los pueblos obraran de esta suerte; cree usted que sería posible la vida organizada, el progreso de la civilización, el avance de la cultura, la superación espiritual, en medio de aquella enorme carnicería de apetitos desenfrenados y de ambiciones sin control? En cambio mi opinión es la de que los tratados deben respetarse y hacerse respetar mientras sea ésta la forma establecida y aceptada por todos los pueblos más o menos cultos; cuando la humanidad se conquiste otro sistema más avanzado entonces lo adoptaremos, pero mientras esto no suceda, preciso es acatar las normas en vigencia. Con todo, aquí aceptamos la revisión, pero a condición de que antes sea desocupado el territorio sobre que se va a discutir. Lo contrario sería injusto, querido amigo, o al menos así lo consideramos desde acá y lo consideran todos cuantos directa o indirectamente han intervenido en el problema. El Perú ocupó violentamente parte de nuestro territorio y luego se hizo la víctima; ha pedido la revisión del tratado, pero cuando tenía en su poder el territorio, motivo de esa revisión y de ese tratado; ha recurrido al **chantage**, sistema de uso corriente sólo entre hombres plebeyos y pueblos mezquinos, porque ello implica, no la búsqueda de una solución decorosa y cordial para las partes sino la imposición descarada de una parte a la otra. Colombia ha dicho en todos los tonos: estamos dispuestos a aceptar la revisión en gracia de la armonía americana y de la cordialidad con nuestros vecinos, que deseamos; pero antes exigimos—y pienso que no es mucho exigir—que el territorio invadido por anticipado sea des-

ocupado. Más no se puede, señor mío y amigo Juan del Camino; a más no es posible llegar ni exigirle a nadie que llegue. Hemos dicho setenta veces siete que no buscamos la guerra, que no la queremos, que nos perjudica por todos los aspectos; hemos buscado y aceptado las intervenciones amigas para tratar de darle una decorosa solución al conflicto; inclusive, nos da miedo hacer la guerra; sí, nos da miedo, porque el miedo es ajeno sólo a los anormales; pero no debemos, ni podemos, ni queremos rehuirla, si nuestros enemigos del momento se empeñan ciega y torpemente en imponer sus puntos de vista; estamos obligados a hacerla; reaccionaremos contra el miedo porque la reacción es inherente a las cualidades afectivas del alma de los hombres y de los pueblos; y allá iremos contra ellos porque no hay otro remedio; pero iremos, no a conquistar, sino como se llega al sacrificio inevitable: sin rabia, pero con entereza. No podemos mancillar por anticipado a las generaciones que vienen ni podemos traicionar a las que se fueron.

Tenemos, por último, el punto tercero, de su tesis, cual es el de la primacía de una conciencia continental sobre el concepto actual de patria. En este punto estamos igualmente distanciados que en los anteriores. Yo profeso que el motivo esencial de la vida reside en el individuo; y arrancando de allí, limita sólo con el cosmos, si es que cabe algún límite. Partiendo del individuo vamos a la vida cósmica por medio de un proceso lógico de desenvolvimiento y de superación espiritual. Los conceptos de familia, sociedad, patria, continente, mundo, deben desenvolverse en el hombre gradualmente, en forma centrífuga; pues no siendo posible el conocimiento absoluto, preciso es que el individuo empiece por conocerse a sí mismo. Vemos este proceso en todo lo físico y en todo lo espiritual: primero fué el pie, luego la rueda, ahora las alas; primero la letra, luego la palabra, más tarde la idea. Por eso dije a usted en mi anterior artículo: "Primero hagamos patrias"; porque sin un concepto definido de patria chica, un concepto sólido, preciso, consciente, inútil será que pretendamos hacer patria grande, patria continental; no la comprenderán las inteligencias medias que son las más y nos puede resultar grande el molde.

Para que esa "gente nueva", esos espíritus libres que hoy germinan desde la tierra de Moctezuma hasta la Tierra del Fuego, entiendan claramente su misión, es preciso orientarlos, inducirlos en un sentido más concreto; hacerlos que estudien, entiendan y se apasionen por los problemas de sus patrias "aisladas", de sus pequeñas patrias. Hagamos fogones en donde haya verdadero calor, que cuando ya estén bien alimentados, la fuerza de la llama hará que sean una sola hoguera. Infundamos el amor a la tierra, pero empezando por el grano de arena. Enseñémosle a esa "gente nueva" a derribar a los tiranos, a despreciar a los politiqueros, a reírse de los fetiches y a dilatar su propia conciencia. Si aspiramos a acabar con las guerras, preciso es que obremos directamente sobre sus causas. El hombre ha guerreado siempre: primero individualmente, luego organizado en tribus, más tarde las ciudades, las naciones; a poco andar, guerrearán los continentes, sin lo cual, aunque parezca paradoja, no es concebible la paz universal. El hombre a través de todos los siglos ha necesitado destruir para crear y hasta cuando lleguemos a conquistar el "mundo ideal" de que nos habla Bertrand Russell, viviremos así. Por eso es por lo que es preciso regar la semilla a manos abiertas, que los pequeños vendabales no lograrán arrasar todas las espigas. Sembremos con prodigalidad, sin odio para nadie, porque dentro de un amplo sentido de humanidad, el norteamericano también es hijo de Dios; lo contrario, será igualmente absurdo, porque es lo mismo un prejuicio patriótico que un prejuicio continental. Enseñemos a esa "gente nueva" a cultivar y a defender la parcela para que mañana sea capaz de defender la hacienda. No exageremos el más ni el menos; busquemos la serenidad de los griegos y el equilibrio de Cervantes, que son calidades de hombres superiores; pero busquémoslas batallando que es como se conquista el porvenir. Algunas ramas bien pueden desgajarse y podrirse que ya servirán de abono cuando se desintegren alrededor del tronco: lo esencial es alimentar las raíces, y en ese empeño me tendrá usted siempre a su lado.

Y como es de usanza entre caballeros presentar los respetos y agradecer la hospitalidad al señor de la casa, diga usted, Juan del Camino, a don Joaquín García Monge, que sé agradecerle su generosidad al acoger amablemente mis ideas, que si no son brillantes al menos son honradas. Dígale usted, se lo ruego, que sabré corresponder a su gallardía no sólo mientras sea su huésped en el caserón austero y señorial de **Repertorio**, sino desde cualquier ángulo donde me sitúen los caprichos de la vida.

Arturo Zapata

Abril, 1933.

CARTAS HIPERBÓREAS

La agonía dictatorial

= *Colaboración directa.* Desde Montreal, Canadá. =

y III

(Véanse las dos entregas anteriores)

Comparece esa España unigénita tras la sombra fugitiva del tren real a partir de Aranjuez una madrugada de abril. Ya el hombre-símbolo—que soñó restablecer la influencia única—navegaba en una nave que no era suya hacia la costa de la república contra la cual en tradición secular estableciera barreras espirituales infranqueables.

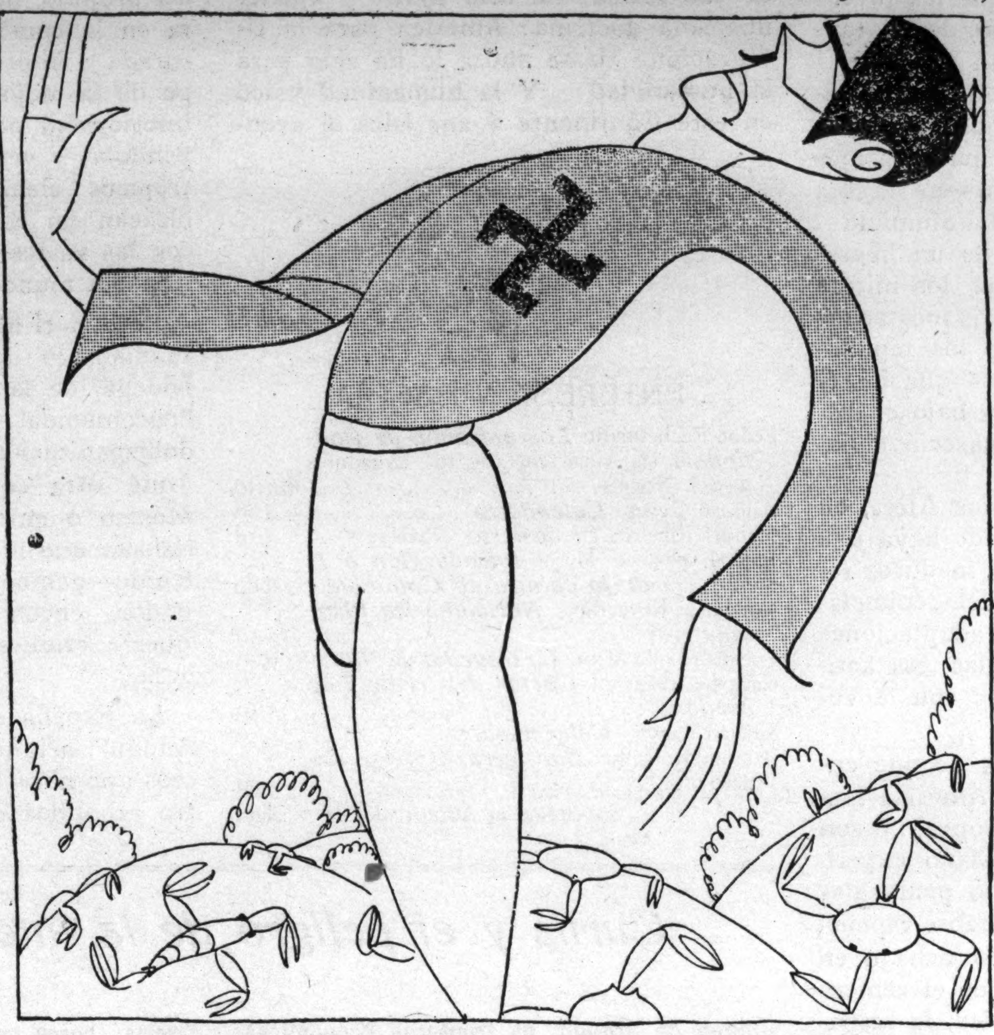
Los hombres de la república—no el populacho ocasional de las sublevaciones y los pronunciamientos—iban a la captura del poder sobre una ola de opinión vigorosa, más fuerte que los diez mil fusiles de la Guardia Civil. Si no traían el acierto, si aun no lo han logrado, traían algo que es indispensable en toda revolución que depure el término de impurezas de asonada y de salpicaduras de motín: traían la voluntad de acertar. Aplastada la derecha reaccionaria, las izquierdas extremas envalentonadas, creyeron que se presentaba la clásica esperanza: allí estaba ya "la gorda" de que hablaba el modesto menestral junto al cocido o el campesino al enjugarse con la manga el sudor de la era... Y entonces los hombres de razón que tenían esa voluntad de acierto, reprimieron con mano pronta y severa aquella desviación, y volvieron los ojos a la derecha... De intentona en intentona las últimas esperanzas de restauración borbónica, o de dictadura militar—que aunque no proclamasen aquélla iban inevitablemente a aportarla,—quedaron selladas en la puerta de una celda de la Cárcel Modelo. Y la república nueva, con su clara voluntad de acierto, no descerrajó una descarga contra unos soldados sino cerró un viejo proceso histórico con la plumada de una conmutación piadosa. Esa voluntad de acierto resolvió y resolverá—mientras inspire a los hombres de la nueva república—todos los problemas a que dé frente, y facilitará los que ya van resueltos. España, la España dura e imperial de los soldados y de los aventureros de yelmo o cogulla, la que quiso reducir a sangre y fuego sus colonias insurrectas, comparece a los umbrales del siglo xx en una Europa agitada y retrógada como la España incruenta; y nunca más que ahora, recogiendo la orla del manto que no rozó charcas de sangre ni de lágrimas, la España de las cartas-pueblas y del Fuero-Juzgo, la de la Reconquista espiritual muy más excelsa que la que asediara los muros de Granada en hora épica y que aventaba las semillas de su estirpe hacia los horizontes de América, esa España que amamos profundamente los que abjuramos de la otra, bárbara y sangrienta como una deidad gótica, merece el saludo de su gran poeta indio, hijo adoptivo de su espíritu:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda"

Hay en el curso de la hisoria, como en el caudal armónico de la composición, esos vastos compases en que el silencio se puebla de ritmos presentidos: cuando Madrid saluda sus primeras cortes constituyentes, por las baldosas de casi todas las casonas gubernamentales de América resuena la contera del sable. Las repúblicas del sur—casi todas—viéronse obligadas a saludar de un modo reservado y protocolar, sofrenando el entusiasmo de veinte pueblos, aquella afirmación suprema, cuando desde los vergeles andaluces hasta las grises tapias de Jaca perfilábase la sombra de los libertadores americanos...

Cuando el diez y siete de diciembre de mil ochocientos treinta, un hombre casi abandonado en una playa colombiana reclinaba para siempre la cabeza pesada de laureles en las almohadas de la eternidad, quedaba girada a cien años vista la libranza que aceptaban los españoles de la segunda república en la modesta tramitación de unas elecciones municipales. Y por eso, con razón hemos dicho que la guerra de independencia fué una guerra civil.

Abro este paréntesis en la exposición de este agonizar de dictaduras americanas porque contiene, para los que detentan un poder absurdo, anacrónico, en los trópicos, la mejor ejemplarización de esta tesis: si una sociedad vinculada por todo orden posible a la tradición más estrecha, si un pueblo enseñado por el padre-cura y por el alcalde y por el rector a la obediencia al trono de sus mayores y al símbolo de la realeza inculpada e inculpable sacude un marasmo de siglos y una indolencia congéni-



En Alemania los catedráticos son perseguidos por Hitler

Por *Bagaría*

Hitler.—¡Ja, ja! Ma kritica al mundo parke soy anamiko de los sabios; no saban ka los sabios, al crear kultura al pueblo, van contra nosotros los dictadoras.

CURTIUS Y EL PELIGRO DE LA INTELIGENCIA ALEMANA

= De *El Sol*. Madrid. =

Otro gran libro de Curtius, "Deutscher Geist in gefahr", levanta polémica ardorosa. "El espíritu alemán en peligro" reza la portada del ensayo, que dará la vuelta al mundo. Para Curtius, el humanismo es el numen de la historia de Occidente en el milenio 800-1800. No basta conocer ni aun amar las lenguas clásicas para ser humanista. Hay un Cicerón de bronce y un Cicerón de yeso en que la virtud romana se ha helado. Es éste el que toca con su aridez muchas imitaciones eruditas. El latín no da su savia sino a los "discipuli vagabundi" que miran al cielo en la actitud que Publio Ovidio Nason aconseja en sus dos versos inmortales:

Os homini sublime dedit Coelumque tueri Jussit crectosque ad sidera tollere vultus.

Lo que la antigüedad comunica, antes que el canon de la forma o el secreto de la cordura, es el entusiasmo.

"Supongamos—escribe Curtius—que el progreso social y científico haya alcanzado sus últimos fines. Imaginemos una sociedad en la que no hay ya guerras, ni lucha de clases, ni lucha por la existencia. El problema social y el problema sexual han sido resueltos. No más enfermedades, ni cárceles, ni

(Pasa a la página siguiente)

ta y se incorpora con las manos limpias y el pecho desnudo ¿en dónde está la ideología placentaria de las Américas? ¿Secóse con un siglo de partos republicanos rudimentarios la matriz de 1810 y de 1896? Es necesario que las juventudes del caserío, del cortijo, de la granja y del aula revaliden un título a la consideración y al respeto de las democracias decrépitas; se impone que una renovación surja, más preparada, más comprensiva y más fuerte—en la era del acero, del asbestos y del aluminio— que aquella otra dormida de un liberalismo senil a la sombra de los mirtos jacobinos y que llevó con sus mostachos melodramáticos el traje de los republicanos de guardarropía hasta que la represión les hizo agresivos y bajo el disfraz romántico de 1830 apareció el inconforme de 1846.

En la Habana y en Buenos Aires, en México y en Caracas, donde haya una juventud estacionaria y una madurez rehacia a las caducidades del renunciamiento, debe asumirse sin adaptaciones falsas ni actitudes exageradas, esa actividad de la obra y del acto con la voluntad de acertar...

Una joven América antes de que envejezca la ya madura. La América hispana, la mestiza, la afro-europea, no son más heterogéneas en el plano experimental que el conglomerado peninsular hispánico que forma el hombre-español europeo, totalizado en la Mancha o en Algeciras. Les une sí a ellos el cemento de la españolidad histórica, la hispanidad latina, el individualismo ibérico, lo que querráis; pero ¿no tiene acaso América el fondo común, el panorama mismo de un proceso breve y decisivo desde el Caribe hasta las soledades patagónicas? El hispano-indígena—y no ese indo-hispano que están empeñados en ceñirnos a las sienes como un tocado de ópera cómica—el criollo, el ente vernacular de América, sintióse capaz de afrontar una vida americana y como base de esa americanidad, por derecho posesorio del suelo, o conquistado o labrado o compartido, echó el ancla en la rada, cercó el rancho en la pampa y levantó la tapia de su escuela y la torre de su iglesia.

Pero a fin de que ello no sea un mero postulado de americanidad literaria, es principio arduo e imperativo: restablecer la respetabilidad de estas repúblicas; pagar lo que imprudente o criminalmente debamos; cobrar lo que nos es debido; y contra el bárbaro rubio que venga en nave pirata desde brumas boreales—y antes y siempre contra el bárbaro criollo que pretende en un impulso de reacción aborigen asaltar la estancia y pillar el ganado porque ya sabe vivir en la ciudad y acuartelar hordas y comprar armas y vituallas, y tiene al "doctor"—nuevo karma del brujo, del "piache" de antaño en la tribu—para la componenda y para el despojo, e invoca como una irrisión la memoria de los patricios que fundaron la nacionalidad y que ciñeron la banda presidencial porque sabían leer códigos y trataron de establecer repúblicas democráticas y no bajalatos y tuchunerías tártaras, y ciñeron la espada del redentor tras manejar el arado del productor, contra todo eso formar un solo frente y oponer una sola doctrina: América para la civilización. Hasta ahora lo ha sido para la humanidad. Y la humanidad volcó en este Continente y sus islas al aventurero blanco y al negro infeliz, fundiéndose en la raza autóctona. No es navegar a riberas de otras luchas y de otros aspectos gratos y sedantes en países donde no nos duela la injusticia del prójimo, no; es afrontar nuestra hora en la batalla y de esta fusión apresurada e improvisada ir acuñando el tipo de la mejor selección; mejorando la inferioridad por el contacto y no rehuyéndola; y vertiendo en el crisol de los trópicos elementos raciales que restablezcan un equilibrio social compatible con las vastas posibilidades de esta porción del mundo.

Pero si el ideal de los "señoritos" comunistas o de los reaccionarios de la bodega, de la casa de empeño y de la "encomienda" de indiadas es esto de indohispanización o de indoafricanización ¿qué otra cosa pueden pretender en México o en Santo Domingo, o en la Habana que lo que tienen o lo que han tenido—gamonales de sable o de mandador, encomenderos y frailes, "caciques" criollos o "adelantados" sajones...?

La España de 1931 no se improvisó. Aunque la ignoraban muchos españoles, esos que no veían el bosque porque cuatro arbolillos eran toda su perspectiva.

Curtis y el peligro de la inteligencia...

(Viene de la página anterior)

límites de Estado, ni fronteras económicas. En una tal sociedad, el socialismo ha perdido su razón de ser, como también la doctrina de la autoridad que nacionalistas e imperialistas propugnan.

"El pacifismo carece de justificación igualmente. Pero quedan seres humanos que persisten en nacer, vivir y morir. Las cuestiones técnicas han sido resueltas. Algo, empero, falta, y es hallar el sentido de la existencia humana. ¿Cómo debo vivir? ¿Cómo debo debo morir? Estas preguntas se seguirán formulando entonces, y nunca, quizá, tan verdaderamente como entonces. Esa humanidad utópica, que vive en el mejor de los mundos posibles, inquirirá, torturada de angustia: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la humanidad? ¿Cómo la vida puede alcanzar la plenitud de su riqueza y la hermosura total en sus formas? La humanidad reconocerá entonces que aun satisfechas del todo sus necesidades, los enigmas que la angustian o la ensombrecen siguen sin respuesta. Se volverá anhelante hacia los arquetipos y prototipos de la humanidad más rica y más pura; pedirá un maestro que le dé lo que Dante recibió de Brunetto Latini: los medios de nutrir la vida humana con un contenido de eternidad "M'insegnavate come l'on s'eterna". O sea: habrá que redescubrir el humanismo".

Los griegos no tienen humanismo porque se han arrogado la misión de fundar el mundo de la inteligencia. Para ellos, como para todos, la sentencia que nos exhorta a expiar en nuestros hijos el pecado de ser hijos de nuestros padres, es impía. Grecia ha heredado no pocos de los bienes espirituales que lega. Allega valores humanos y los trasmite después de someterlos a forma y a medida. Debemos a Homero "toda nuestra poesía"; a Platón, nuestra cordura; a Aristóteles, nuestra ciencia, y a Plotino, nuestra mística. Pero es Roma la que por su contacto directo con Grecia posee un humanismo sin intermediario.

"Si se reconoce—escribe Curtius—que la situación histórica de la cultura europea debe su valor insigne a la compenetración íntima de nuestro mundo moderno y del mundo antiguo, y si por otra parte se admite como consecuencia la de que el mundo europeo tiende a conformarse a sí mismo, pensando históricamente se declara que nunca se renovarán suficientemente los vínculos y las raíces con la antigüedad. Cuando un hijo del Occidente actual entra en conexión con el mundo antiguo en una zona cualquiera, pero de modo constante, emprende una experiencia que le procura más cosas, y además otras cosas que un simple estudio histórico: retorna a sus orígenes y se baña en los manantiales que curan y fortalecen, en las fuentes de nuestra propia vida".

Europa ha conocido centurias de tinieblas entre las grandes invasiones y las cruzadas. Es en el Vivarium de Casiodoro donde la cordura antigua continuó viviendo modestamente para cobrar impulso en tiempos mejores. Cree Curtius que la historia no vuelve, y que cada época, aunque imite a otra precedente, trae su destino.

El humanismo de hoy debe enlazarse más que con la antigüedad con el Renacimiento de la Edad Media. "No son ni Píndaro ni Sófocles. Son las grandes figuras de los que han fundado nuestro Occidente, de San Agustín, de Dante, las que han de otorgarnos las fuerzas de que tenemos necesidad tan urgente. Que sea en esta forma en la que encarne el humanismo de nuestros días, si quiere renacer en un verdadero encuentro de sí consigo y en un retorno de sí sobre sí".

Mientras Alemania no haga suya ardientemente esta certidumbre, expondrá su espíritu a la corrupción o a la decadencia. Uno de sus mejores hijos da la voz de alarma.

La formaron los mismos que la soñaron reencarnándose en tipos más de la hora y del momento. Irán desalojando sus respectivas posiciones circunstanciales para cederlas a nuevas fuerzas, pero la iniciativa, la iniciación, la brecha, el trazo de la senda por donde ésta debe ir y no por donde unos u otros quieran que vaya—éste para que pase cerca de su cortijo, aquél para que tengan acceso propiedades inapreciables—el orden de la marcha al futuro comenzó con seriedad y con acierto, con esa máxima voluntad de acertar que puede considerarse como el resumen de la obra política de sus hombres de estado.

Algunos gobiernos de América comparados hoy con el de la Península presentan este contraste: en España pueden cometerse errores, y de hecho se han cometido, en el deseo de acertar; en otros países hispanos no se conviene en el desacierto aunque se haya cometido el error.

"Se insolentan en el motín o se humillan en las cadenas", como dijo el más ilustre de los hispanoamericanos.

Y desde enormes soledades, donde todavía los monos gritan meciéndose en lo alto de las palmeras, la media docena de blancos criollos aprovechadores o de mestizos histéricos se contemplan con ojos enemigos y se injurian o se arrojan piedras para regocijo del ojo curioso y burlón del extranjero ante quien no tiene razón ya ni siquiera el concepto de la furia hispánica de la Roma cesárea y proconsular, sino el mote despectivo de "repúblicas convulsivas" con que viejas naciones taraceadas de alifafes y de dolencias inconfesables satisfacen su necesidad de clasificación en el orden de los negocios humanos.

La guerra de emancipación de las antiguas colonias españolas, ya lo hemos dicho los que no hemos todavía enfermado de las afecciones psíquico-patológicas del Trópico, fué una guerra civil, la mayor, Gloriosa y única debió de ser: la independencia de América es uno de los más grandes episodios de la civilización europea. Debió haber sido la base del formidable imperio espiritual de la raza y no la lucha pueril de la c y la z y las dos eles más o menos mojadas de la "ll" y el sonido gutural árabe o germánico de la "j" y la "g": debió ser. Ah! debió ser lo que todos tenemos en nuestro corazón y pocos en los labios! la afirmación histórica y no la velada inquina entre los encomenderos y las antiguas indiadas ni el abigarramiento que debemos al excelente Padre las Casas y su flaco servicio al indio, al negro o al blanco.

Queriendo el misionero acá en el norte convencer al indio de que no debía ir por ahí desnudo como su madre le echó al mundo, decíale:

—Pero, hijo mío ¿no tienes frío?

—Y usted, mi Padre, ¿no siente frío en la cara?

—No, hijo; en la cara no se siente frío.

—Pues bien, perdone Su Paternidad, pero el cuerpo del indio todo es cara.

Así estas líneas no las inspira ningún prejuicio ni tendencia alguna que no sea escribir e imprimir lo que casi todos sienten y no dicen: es pues, todo cara, todo rostro, todo sinceridad. Las temperaturas morales o físicas no deben prevalecer entre los que busquen "la diretta vía".

José Rafael Pocaterra

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

Libros a que alude con simpatía, o aprecio, Francisco Valdés en el antes ya citado *Letras*. Notas de un lector. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1933:

Dostoiewski: *Crimen y castigo* y *El Doble.*

Azorín: *La voluntad, Antonio Azorín, Don Juan, Doña Inés, Lecturas españolas, Castilla, Al margen de los clásicos, El licenciado Vidriera, Félix Vargas, Pueblo, Blanco en azul, Superrealismo, Angelita.*

Francisco A. de Icazza: *Cancionero de la vida honda y de la emoción.*

Aljoxani: *Historia de los jueces de Córdoba.* Texto arábigo puesto en castellano por Julián Ribera.

Juan Ramón Jiménez: *Platero y yo, Eternidades, Diario de un poeta recién casado, Laberinto, Segunda antología poética.*

Las *Cartas* de Carlos Liebnecht.

César M. Arconada: *Biografías de sombras.*

Francisco Rodríguez Marín: *Varios juegos infantiles del siglo XVI.*

Américo Castro: *Santa Teresa, El pensamiento de Cervantes.*

Góngora: *Obras* en un tomo. Edic. de Manuel Aguilar.

Pío Baroja: *Zalacain el aventurero, Las inquietudes de Santi Andia, La leyenda de Jaun de Alzate.*

Santa Teresa: *Vida.*

Augusto de Halmar: *La sombra del humo en el espejo.*

Antonio Machado: *Campos de Castilla.*

P.—¿Me podría indicar un libro, libros o revistas, que traten del problema agrario en los diversos países?

R.—Recordamos los siguientes: *La tierra y la política en Inglaterra*, por el vizconde de Eza, Madrid, Sobrinos de Sucesores de Minuesa, 1932; *Land Reform in Czechoslovaquia*, por Lucy Elisabeth Textor, Londres, George Aller, 1923; *Al servicio de los campesinos: Hombres sin tierra. Tierra sin hombres. La nueva política agraria* (ensayo sobre la reforma agraria en Europa y su aplicación en España), por Cristóbal de Castro, Madrid, Morata, 1931; *La reforma agraria en Europa y el proyecto español*, por Mariano Granados, Madrid, Editorial Castro, 1932; *Ley de Reforma Agraria. Precedentes y estado actual del problema en Europa*, por Gregorio Peces-Barba, Madrid, José Murillo, 1932; *Catecismo agrario*, por don Julio Cuadros (para México), Puebla, La Enseñanza, 1932. Si ha seguido con atención nuestra sección diaria de libros, habrá tomado nota de varios de que hemos dado cuenta recientemente sobre la reforma agraria. Lo más completo sobre economía agraria son las publicaciones, singularmente el Anuario del Instituto Agrícola de Roma.

P.—¿Título de un libro para el cuidado de los niños, cuya nota bibliográfica se ha dado ya en esa sección?

R.—Hemos hablado de *La salud de nuestros hijos*, colección de nueve volúmenes, por diversos autores, y escritos en forma de vulgarización. El Dr. D. Enrique Suñer acaba de publicar un excelente manual popular titulado *La salud del niño*. Se vende en cualquier librería de Madrid.

(*Luz.* Madrid).

P.—Obras recomendables para el mejor conocimiento de la doctrina socialista.

R.—El citado en la última semana, de Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros, los Marxistas* (Editorial España. Madrid); *Socialismo*, de MacDonald, en Manuales Labor (Barcelona); *Artículos marxistas*, de Volney Conde-Pelayo; *Más allá del marxismo*, de Henri Man (Aguilar. Madrid); *Socialismo*, de Marín Civera (Cuadernos de Cultura. Valencia), y *Qué es el sindicalismo*, del mismo autor. Estos se nos ocurren de los publicados recientemente, además del citado por nosotros alguna vez de Edmundo González Blanco.

P.—Un manual claro, práctico y lo más completo posible para resolver las distintas cuestiones de contabilidad.

R.—Lo más completo y nuevo es el tomo de *Lecciones de contabilidad*, de don Ramón Cavanna Sanz, segunda edición, perfeccionada, 1932. Madrid, La Enseñanza, Ruiz, 23. 15 pesetas.

P.—Un tratado de teneduría de libros que exponga la forma de llevar la contabilidad según los distintos negocios de que se trate.

R.—Véase la respuesta a la consulta que antecede. Además, existen para cada especialidad, que habría de señalarse concretamente (Si no basta la obra del Sr. Cavanna), los siguientes: *El contador moderno*, de M. Gal (Irún, Imprenta Comercial); *Tratado de contabilidad de comercio, industria y banca*, por Xavier Kühnel (Librería Urriza. Lérida), 12 pesetas; *Operaciones y contabilidad bancarias*, de Fuentes y Gutiérrez (principales librerías de Madrid); *Contabilidad diferencial*, por Antonio Cepas (Avila. Senén Martín); *Tratado de contabilidad industrial*, por Orestes Bergamaschi (Barcelona. Gustavo Gili); Las publicaciones de la Editorial Cultura, de Barcelona, como *Manual práctico de contabilidad de seguros*, de Lasheras Sanz; *De la industria harinera*, de Muñoz Arbeloa, etc., etc.

(*Luz.* Madrid).

P.—¿Me podrían indicar algunos libros sobre historia y organización de la segunda enseñanza en España y en el extranjero?

R.—Vea Francisque Vial, *L'Enseignement secondaire et la democratie*, París, 1905. Charles de Garmo, *Principles of secondary education. A text book*, New York, Macmillan and Co., 1913, dos volúmenes. Miguel G. Granero, *La reforma de la segunda enseñanza. Colección de artículos*, Palencia, 1927. Henri Lantoine, Oeuvres. Tomo segundo, *Etudes sur L'histoire de l'enseignement*, París, 1913 a 1919. Wilhelm Keiper, *La enseñanza secundaria alemana*, segunda edición. Buenos Aires, García Santos, 1928. *L'Istruzione secondaria in Germania ed in Italia*, por Pasquale Villari, en sus *Nuovi scritti pedagogici*. Un ensayo pedagógico. El Instituto Escuela de Segunda Enseñanza de Madrid (organización, métodos, resultados), Memoria publicada por el Instituto Escuela de Madrid de 1925.

(*Luz.* Madrid).

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Sobre la tradición, los tradicionistas y las cosas de don Ricardo Palma

= De *La Nación*. Buenos Aires =

(Véase el No. 18 del tomo en curso)

Refiere Ricardo Palma, en unos versos jugosos de gracia clásica, la pregunta que sobre el arte de hacer versos y poesía, que se le antojaba arte del demonio, hiciera

...no sé si a Calderón o a Garcilazo
un mozo más sin jugo que el bagazo

y el interrogado poeta absolvió al preguntón la consulta mediante una fórmula que no puede ser más sencilla: formar renglones de igual medida, poniendo consonantes en las puntas.

...—¿Y en el medio?—En el medio...
Allí está el cuento:
hay que poner talento

No menos sencilla es la receta que los curiosos y admiradores de Ricardo Palma le pedían sobre la técnica de sus enjundiosas tradiciones, receta que él resumia en la siguiente forma: "Algo, y aun algos, de mentira, y tal o cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que sea, muchísimo esmero y cumplimiento en el lenguaje, y cata la receta para escribir tradiciones". Como se ve, en orden a la técnica, hacer poesía o tradiciones es facilísimo, la simplicidad de ambas recetas por allí se va, y, seguramente, cualquiera que emprenda la confección de esta "manufactura" literaria logrará un regular éxito de... laboratorio. Yo recuerdo que en los albores de mi ya remota juventud, cuando terminaba mis estudios de Humanidades, cursé elementales estudios de Química, y al tratarse de la fabricación del "éter sulfúrico" se indicaba el procedimiento que no podía ser más fácil. Se calienta en un matraz alcohol puro y se hacen pasar sus vapores a través de un recipiente que contiene ácido sulfúrico (o viceversa); el gas obtenido así se condensa en un serpentín sumergido en agua fría, y por la otra extremidad sale el éter, que no es alcohol ni es ácido. Una vez quise hacer la experiencia, y... casi incendio mi casa, pues se me reventó el matraz del alcohol. Desde entonces se me asocian en la imaginación las tradiciones y la preparación del éter. A poco, y como sucedió después en mi hermana Angélica, la herencia de sangre y el diario contacto con mi padre determinó en mi espíritu la vocación literaria; pero yo me entusiasmé con las corrientes "modernistas", con el arte "fin de siécle" y por allí se fueron mis vagares y ensayos. Confieso que el pasado no me atraía, que mi imaginación ardiente y desbocada trotaba por todo lo que era novedad, extravagancia, anormalidad y alocado y libérrimo fantaseo; me apestaban los clásicos, y la verba arcaica o modelada con las líneas correctas del academicismo y del buen decir



Ricardo Palma

me parecían fáciles y cómodas maneras de flotación literaria. Sin dejar de admirar la labor de mi padre y sentir toda la gravitación de su volumen mental, me imaginaba que mayor y más alto vuelo habría tenido su talento dedicado a otro orden de especulaciones más concordante con la evolución del arte y del pensamiento filosófico. Llegué a la osadía de suponer que más difícil era hacer un cuento de fantasía y estructura modernista que una tradición. Y me propuse con leal espíritu de experimentación escribir una. Escogí con cuidado un tema histórico, un pasaje de la conquista no explotado, que no recuerdo, y emprendí el laborioso y hasta documentado manipuleo tradicional; y... como en la experiencia del éter, se me reventó el matraz. Fué entonces que me di perfecta cuenta de la difícil facilidad de las "Tradiciones peruanas" y de la enorme personalidad de mi progenitor. En esos tiempos cultivaba relación epistolar frecuente con los más distinguidos escritores americanos, jóvenes entonces, y de allí databa mi amistad con Rodó, Lugones, Rubén Darío, Urbina, Dominici y muchos más. Recuerdo que Gómez Carrillo resentido con mi padre porque a éste no le fué posible servirle en una pretensión de consulado en Europa, se desahogó en una de sus crónicas referente a letras peruanas, en la que me llamaba Palma "el bueno". Perdí toda la estimación que le tenía; no le escribí más, y durante varios años que viví en España y en Francia esquivé toda oportunidad de encontrarme con Gómez Carrillo.

Evidentemente, la receta de Palma es de una simplicidad encantadora, pero de una dificultad que no la resuelven las técnicas retóricas. Porque ese "algo", y aun "algos" de mentira es el relleno substancioso de gracia y de imaginación, de donaire e ingenio que no lo suministran las preceptivas; esa dosis grande o pequeña de verdad, requiere una hábil ponderación de su interés y relación con la vida y el alma de un pueblo; y ese esmero y cumplimiento en el lenguaje, es ya de por sí toda una arquitectura de arte, de cultura y de virtuosidad personal que no se conquista sino a base de especialísimas condiciones intrínsecas y de un conocimiento hondo del lenguaje castizo y del vocabulario regional y popular para concatenarlo y sentirlo en toda su fuerza emotiva y reconstructiva de los momentos y circunstancias. Casi podría decirse que con la receta de Ricardo Palma, con variantes adjetivas de adecuación, se proporciona la pauta para escribir el "Quijote", el "Criticón" o el "Facundo". No habría que añadir para el cumplido éxito, sino el llamarse respectivamente, Cervantes, Gracián y Sarmiento.

La tradición, científicamente considerada, no es una invención de Ricardo Palma, ni éste ha pretendido jamás decir que antes que él no se hubieran escrito tradiciones. Estas son antiguas como la sociedad y la cultura humanas. Donde hubo un episodio y un narrador de él, de palabra o por escrito, hubo un tradicionista. En más de una ocasión he leído que se tenía como progenitoras de la tradición de Palma las novelas o narraciones históricas noveladas, de Walter Scott, juicio que yo juzgo ligero e inexacto, porque en realidad se invierte o confunde el sentido lógico de las cosas: la tradición inglesa, oral o escrita, es la que sirvió de tema o carnación para las novelas narrativas de Sir Walter Scott, y en ellas el insigne escocés puso el colorido, el sentido artístico, la cultura y el buen gusto. De la misma manera podrían encontrarse raíces de la tradición de Palma en Turpin, en Saint Simon, en Plutarco y hasta en Timoneda. También se ha querido ver orígenes inmediatos de la tradición de Palma en las narraciones y leyendas de Washington Irving.

Era Ricardo Palma un gran conversador, ocurrente, con originales matizaciones de lenguaje, y con una personalísima visión de las cosas, los hombres y los sucesos, sin duda por las reacciones de su imaginación siempre bullente. Su fisonomía y sobre todo los ojos, subrayaban las palabras. Sonriente, afable y siempre con disposición a la broma, tenía, sin embargo, entre los jóvenes, fa-

(Sigue en la página 363)

Buffon, el trabajador

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá =

Jorge Luis Leclerc, se llamaba antes de que su rey le elevase la tierra a condado, el naturalista relator de los animales.

Montbard, la ciudad de su nacimiento, queda del lado de la Borgoña, en tierras de viñas, de unos largos inviernos feos y de unos estíos radiosos.

Su familia es la familia burguesa de donde salen casi todos los intelectuales del tiempo, y el origen tirará fuertemente de Buffon hacia la nobleza que es el apetito por el cual el burgués del siglo xviii pena y vive, y le pesará como lastre bueno en los hábitos ordenados cuajados y casi astronómicos...

Nosotros, gentes españolas de señorones ociosos, tengamos cuidado al leer este dato del "señor de Buffon" de no llamarlo burgués a secas y llevarnos un fiasco: trabajador más encarnizado con la presa de la obra y hombre de jornada de ocho horas como este conde, nos costaría hallarlo en Europa y en nuestras tierras, ni con bujía.



Buffon

Mocedad capitosa

Leclerc se educó en Dijón, naturalmente en colegio jesuíta, y no asustó a sus profesores con habilidades extraordinarias. Un profesor recordará de él cierta seguridad anticipada de sí mismo, la de los que creen en la constancia tozuda en vez de creer en el dinamitazo genial. Como la enseñanza de las ciencias naturales que serían su reino casi no existía, fueron las matemáticas quienes le recibieron las primerías de la vocación, y en ellas, la física. Los estudios de derecho a que le enderezan después, parece haberlos seguido por rutina burguesa de hijo que complace al padre. Al tener la licenciatura, segundo bozo viril del muchacho con fortuna, Leclerc se va a Amberes a estudiar cosa muy distinta de las que le han distraído y se inscribe en la Facultad de Medicina.

Tiene veinte años, y de aquí hasta los veinticinco, escapado de la tutela de los padres y de la que crea la ciudad donde se vive, "diablo suelto", Leclerc hace una larga temporada de viajes, de aventuras subidas de color y de estudios revueltos; rabelasea bastante el que va a olimpear más tarde, moviéndose entre el Mediodía, Italia e Inglaterra, acompañado de dos extranjeros curiosos, un duque inglés y su secretario alemán; el primero es un gozador mundano en grande y el otro un roussoniano curioso de la naturaleza. La pareja le llama al mozo sus dos gustos en ciernes de fasto cómodo y de conversación científica, y con ellos se mueve de París a Londres o de Roma a París. Buffon se divierte como el francés se ha divertido siempre, evitando la disipación, guardándose la salud, que el calaverón inglés se estropea más, cuidándose bien de comprometer el resto de su vida. Quien le vea en este tiempo de mozo rico que complace su cuerpo de toda complacencia, puede creer que la fiesta continuará hasta aventarle el patrimonio, y se equivoca en redondo. Lleva la plomada de la razón francesa, el borgoñés, y en cuanto sabe que hay asuntos de partición en Montbard, por la muerte de la madre y el segundo matrimonio del padre, se vuelve a su tierra a establecerse y sosegarse.

El gran señor

Le gusta la gran casa en medio de la vasta hacienda, un poco a lo terrateniente feudal que posee demasiado, pero al revés del feudal, en su honradez de asistir su feudo y hacer su vigilancia de todos los días sobre "el bien" y los bienes del suelo. Agranda la tierra de los Leclerc comprando el castillo arruinado de Montbard, desde donde se avizora de la Borgoña entera, y para comunicar las dos posesiones, construye catorce terrazas que van trepando airosamente las lomas y rematan en la torre de lo alto. Esta será la famosa "torre de Buffon", en la que se encerrará a trabajar gozando al levantar la cabeza uno de los terrones más jugosos del agro francés.

Buffon llega a la Academia de Ciencias a una edad en la que nuestros sabios de hoy no piensan todavía en "merecer", a los veintiséis años, y en poco más le dan la Intendencia del Jardín Real. Este nombramiento decidirá su carrera de un golpe:—"Yo encontré mi destino en un jardín", podría decir él mejor que el persa.

El bueno de Fay, a quien nos ha hecho querer el elogio de Fontenelle, había transformado un jardín de plantas medicinales en un jardín botánico de veras, canjeando a duras penas, en tiempo de transportes costosos, plantas de Europa y el Asia, y dándose los afanes de la instalación de ellas. Fué el mismo Fay quien indicó a Buffon para sucederle en la labor de ciencia y de cariño que había sido la suya, y Buffon entraba por la mejor puerta al cargo que a su edad parecía excesivo, pues aquella era una época de altos funcionarios vejentones.

La ocasión era excelente para un hombre capaz y ambicioso—de la ambición buena—y él la aprovechó bien.

Clasificación y creación

El Jardín Botánico tenía anexo un gabinete o museo de Historia Natural, del que Fay se había ocupado. Buffon ordena la confusión de objetos, y buscando servir al público, que no sabía nada de ciencias naturales, se puso a hacer un "Catálogo Razonado" del pequeño museo, a organizar géneros y familias revueltos en un enredo feroz, a colocar al lado del objeto una noticia elemental sobre la pieza, que guiara al visitante como a un niño.

Clasificación de plantas a la cual atenerse no había sino la de Linneo y él detesta aquel artificio pedante del sueco que engloba a veces con desparpajo en una misma familia el castaño con la pimpinela. El prestigio de Linneo no lo sujeta; él va a clasificar racionalmente aunque los "clérigos" de la botánica rujan, y él va a atacar toda su vida los cuadros falsos del sueco. Su irritación contra Linneo se sale del chisme de gremio, es la repugnancia del sabio francés, el menos pedante del mundo, el más natural para explicarlo, contra un especialista vicioso de fórmulas y que escribe en una jerga iniciática.

Despachado el trabajo de las tablas, Buffon piensa en medio de la infancia que vive Europa en ciencias naturales, que hay que contar la tierra a las gentes en el lenguaje común, válido para todas las cosas. Es lo mismo que piensan los enciclopedistas; Buffon divulgará tanto como ellos, pero poniendo en la nueva didáctica una brillantez que los sobriosecos de D'Alembert y Montesquieu no le sirven a su clientela. Orgullosamente, dirán otros, en verdad sólo con el brío y la desenvoltura del muy capaz, Buffon comienza la formidable "Historia Natural", que le llevará cincuenta años cuanto él va a vivir, y que comprenderá desde las imaginaciones fértiles de las edades de la tierra, hasta el estudio de los minerales, retardándose en los animales, por darle gusto a su gusto.

Los jaleos de la mocedad los ha tirado; a la vida mundana le da lo menos que puede un funcionario real; las comodidades que él necesita para trabajar, también como una especie de Luis xix de la naturaleza, se la sigue creando en el fundo de Montbard; es un gran señor que trabaja tanto como el pobre diablo que revienta para ir viviendo.

A las cinco de la mañana Buffon sube a la torre o al estudio del Jardín de Plantas, lo mismo da, y llega a su escritorio lavado, frotado y rizado, como si fuese a sentarse a la mesa del rey (llevando la chaqueta famosa cuyas mangas de encaje se discuten todavía) por las catorce terrazas del campo con cierta dignidad solemne que molesta o hace reír a sus colegas más llanos que él o forzados a llaneza de ser pobres... El les ha dicho ya en la Academia "que el estilo es el hombre", y los que lo leen saben que aquel balanceamiento de su marcha es el mismo de su período gramatical.

La casa de Montbard es suntuosa de toda suntuosidad; pero la sala de trabajo en la torre tiene las paredes desnudas y el suelo sin tapices—tan cierto es que el trabajo tira en cuanto a estorbos los cachivaches hermosos y los feos—y la sala ayuda al laboratorio sólo con el silencio, con la luz blanca y con el paisaje ofrecido a sus pies.

El trabajador

A las dos de la tarde el conde viene bajando las escaleras con su mismo contoneo, sin ninguna prisa, y su cocinera se espanta allá abajo de aquel bendito patrón que no pide un bocadillo y que almuerza más tarde que cualquier francés.

La tarde se ha quedado libre para las visitas oficiales y para el paseo por la hacienda o el jardín, en el que se dispone plantar más de este lado, curar plantas enfermas, hacer los injertos.

La familia es pequeña y no le come mucho tiempo; se ha casado a los 40 años con una mujercita joven que le da un hijo y le acompaña: por poco tiempo. El hijo le acarreará penas más tarde con un matrimonio deschavetado, a juicio del cortesano. Mientras vienen esas gabelas, en tanto que el niño crece, Bufonn trabaja "como los que se auerdan de que van a morirse", en titán moderno vestido de casaca bordada. Creía en la Divinidad sin andar allegado a las Iglesias, y los reventones de orgullo que les mostraba a los colegas le subirían a veces a pensar que era un poco el cronista de esa Divinidad, un relator que se atarea porque lo llamaron a contar lo hecho 20.000 años después del sucedido, según su cálculo.

De sus dos frases célebres: "El genio es una larga paciencia" y "El estilo es el hombre" (casi ha corrido trastocada la última), la primera le rige la vida, le ha creado el zapato de hierro de las ocho horas de escritura diaria y hará posible los 36 volúmenes que nos va a dejar; la segunda frase ya nació hecha lugar común.

Los teólogos de la Sorbona le miraban de soslayo por su interpretación de la historia del planeta, que no los consulta; los enciclopedistas le quieren mal también por su investigaión aislada; algunos académicos ven con rabia su carrera tan rápida; pero la Francia lectora, que es lo que le importa, lee ávidamente y un poco deslumbrada, los libros que se llaman "La teoría de la tierra", "Las épocas de la naturaleza" y "La historia natural del hombre", primera lectura científica corriente que ella ha conocido. Buffon hace poco caso de la fiebre admirativa y de las burlas de los rivales; contestar ataques y efusiones es distraerse, y él está metido en la faena terrible de dejar inventariada la naturaleza y de hacer una carta panorámica de las edades del mundo.

Tanto sosiego como el preciso para investigar necesita Buffon para escribir. Algunos de sus manuscritos fueron copiados diez y ocho veces, lo cual dice una pasión muy grande de la lengua.

Buffon siente la naturaleza con mayor trascendencia que Lucrecio, en una especie de Ilíada que exige cierto homerismo al que se ponga a contarla; él la ve como una obligación de elocuencia, y mientras su condiscípulo Bossuet sacude con grandes sonoridades las naves de Notre Dame, él hace lo mismo desde sus gruesos volúmenes, escribiendo en un tono, solemne como el del predicador, la época glacial o el asomamiento de las vegetaciones primeras.

Como hay un destino burlón de los escritores, por el que las gentes les propagan lo ramplón y les saltan lo excelente, el Buffon de nosotros es el de las descripciones de animales que corren por ahí en las antologías y los libros de texto. ¡La pena y el bochorno que a él le daría ver esto! El Buffon grande,—en cuanto a escritor y a teórico de la ciencia—no es el de estas estampas, por mas afortunadas que ellas sean; es el Buffon de las síntesis arbitrarias y magníficas cada una de ellas, y el perseguidor de las leyes generales de la tierra: aquí desata sus intuiciones y aquí es el Homero de las guerras de los elementos que cuenta el planeta. Las descripciones de las bestias son descansos bonitos que él se da, juego con tiza de colores entre el parto y el parto de las teorías. La importancia segundona que atribuyó a tales tablas, se puede ver en el hecho de que... hiciera escribir a otros muchísimas de ellas. Como se sabe, Buffon revalidó cierta costumbre de los pintores medioevales, un poco espinosa. Los maestros italianos del trescientos, una vez que formaban un grupo de discípulos y que éstos aprendían bien la norma y cogían lo pegadizo de la emoción, les hacían trabajar en tablas que ellos firmaban sin escrúpulo y que bien miradas, resultaban suyas. Buffon, apoyado en el antecedente, pone a trabajar en su provecho a cuatro colaboradores de primer orden: Daubenton, que le resultaría arisco y no continuaría a su lado; el abate Bexoh y Gueneaus, que hicieron buena parte de la sección de los "Pájaros", y Faujas y Lacepede, que le ayudaron mucho en la sección de los minerales, menos familiar que las otras a Buffon.

Al procedimiento escabroso, que los franceses llaman "avoir un négre", habría recurrido cualquier otro puesto en una faena compleja. Hoy que zoologías y botánicas andan desmigajadas en géneros, un sabio toma su miga y trabaja sobre eso con cierta holgura, pero aquellos tiempos eran bien otros y Buffon vivía la hazaña de construir él solo la catedral de las ciencias naturales. No es de escandalizarse si tomó obreros para la albañilería gruesa y a veces para la decoración de unos pedazos o rincones de la nave.

La literatura de Buffon

Buffon ha debido conocer la suerte de los precursores que no es nada más la de resplandecer con la aurora de un oficio sino la de achicarse en cuanto sube el sol. Las ciencias naturales que despuntan en su época, avanzan pronto y a pasos largos; los siglos que vienen averiguan tanto sobre este negocio que la obra de buen trabajador envejece pronto en las teorías más bizarras. La parte de su obra que se conservará robusta, gracias a lo que le llamaron sobrante, será la literaria. Los cálculos del tiempo están corregidos en las edades del planeta; los estudios minerales contienen errores de bulto; las descripciones de las bestias se vuelven ingenuas. Pero la forma trabajada en la forja dura, el período arquitectónico que es medido aunque suela parecer desmedido, la ojeada resumidora de la naturaleza, que los flacos son incapaces de echar sobre ella, o sea, la artesanía y la imaginación, ellas no le han salvado aquella labor de que se arrinconase y se muriese como las obras de ciencia a secas en cuando se enmiendan sus yerros.

Una paternidad arranca de Buffon y domina a los sabios franceses que vendrán, una tradición preciosa que se irá agrandando en la raza: la del sabio doblado de un escritor, la del hombre de estudios que sabe escribir tanto como pensar; de ella irán saliendo los Claude Bernard de la "Introducción a la medicina", los Reclus de las "Geografías" o los Bergson de varios libros maestros, gentes que llevan en sí la dignidad doble de la investigación segura y de la admirable lengua.

Gabriela Mistral

Aviñón, 1932.

Sobre la tradición, los tradicionistas y...

(Viene de la página 360)

ma de cascarrabias y de intolerante, concepto que a poco de conversar con él se desvanecía. Era mal diplomático, porque, fácil de exaltarse a poco que le cascabeleara una bellaquería o una necedad, no tenía pelos en la lengua para espetar sus impresiones que le habría costado esfuerzo disimular o callar, y prefería hacer uso del derecho de "tener cosas". Ciertos hombres por razón de características psicológicas anómalas, o por la conformación espiritual adquirida en el estudio o en la dirección dada a su vida mental, no hacen ni dicen lo que todos, y en el contacto cotidiano con las gentes tienen un pie en el mundo corriente y moliente de su plano de carácter. En ellos todo es permisible y disculpable: no tiene trascendencia, son "las cosas de Fulano". El vulgo grueso hace una leyenda hiperbólica de estas "cosas", atribuyendo a título de tales muchas sandeces. La leyenda chabacana en España y en América atribuye a Quevedo innumerables anécdotas eróticas y escatológicas, torpes y desconectadas del picaresco y fino ingenio del insigne español.

Referiré una anécdota de las "cosas" de Ricardo Palma. Después de las cinco de la tarde, hora en que terminaba el servicio del público en la Biblioteca Nacional de Lima, de la que Palma era director, acudían algunos amigos a charlar con el tradicionista hasta las siete de la noche. Uno de los infaltables a estos sabrosos conservatorios era un amigo de la juventud, que había alcanzado en largos años de oficinista el cargo de oficial mayor de un Ministerio. La oficialía mayor, en la nomenclatura burocrática peruana, equivale al cargo de subsecretario, o sea el más inmediato en jerarquía al de ministro. Sucedió que en uno de esos corrientes batifondos de la política peruana fué censurado el Ministerio por el Congreso, y el presidente de la República no quiso nombrar nuevo gabinete e invistió a los oficiales mayores para el despacho de los asuntos públicos con el carácter de ministros interinos. El que había sido asiduo contertulio de la Biblioteca dejó de concurrir, lo que era muy explicable. Don Ricardo Palma, que tenía un asunto pendiente en el Ministerio desempeñado por éste y referente a menesteres de la oficina, pensó que la circunstancia de ser su amigo el ministro le daba oportunidad para recabar su pronto despacho, y una tarde fué a visitarle con ese objeto, a la vez que para congratularle por su pasajero ascenso. Como en el Ministerio conocían a mi padre y le veneraban por su alta personalidad literaria, no encontró los obstáculos que comúnmente se oponen al acceso al despacho ministerial, y llegó hasta donde su amigo, que estaba pluma en ristre firmando los expedientes que untuoso amanuense le ponía delante. El tradicionista se acercó al ministro y campechanamente le palmeó en el hombro, diciéndole:—¡Hola, mi don Fulano!, ¿cómo le va?... Veo que se trabaja a conciencia... Eso está muy bien, mi amigo... El ministro levantó la cabeza, arrugó el entrecejo y le contestó secamente:—Tenga la bondad de sentarse y esperar el turno de su audiencia. Don Ricardo sentóse, tragando saliva, y pensó que todo ese aparato de gravedad era por el amanuense, ante el cual no quería el ministro presentarse en son de familiaridad y confianza. Diez minutos después salió el amanuense y quedaron solos.—Bueno, mi querido Fulano, he venido para...—Señor ministro, querrá usted decir, señor Palma,—le interrumpió gravemente el personaje, y continuó:—Puestas las cosas en su sitio, ¿en qué puedo servir al señor director de la Biblioteca? El tradicionista se levantó y mirando de hito en hito al majestuoso funcionario, le contestó:—¡Hola, hola!... ¿Con que esos cangilones tenemos en las sayas? ¿Los humos del puestecito prestado y pegado con saliva se le han subido así a los cascos?... Mire, Fulano: le sabía un "bonus vir", pero no le sabía candelejón... ¿Que en qué me puede servir? En nada, hombre, en nada; los cándidos de pelotilla para nada sirven. Abur.—Y tomó su sombrero y salió del despacho. El ministro se incorporó violentamente a la vez que tocó el timbre para hacer arrestar al irreverente director de la Biblioteca. Pero optó por volverse a sentar, murmurando con sonrisa de conejo: —¡"Cosas" de don Ricardo!"

Tenía Ricardo Palma una cortesía epistolar exagerada y no dejaba sin respuesta ni una tarjeta de recomendación. No había escritor de América que no le enviara ejemplar de su obra con la correspondiente dedicatoria autógrafa y la consiguiente carta solicitando un juicio. Invariablemente contestaba. Leía los libros y anotaba en los márgenes de las páginas sus observaciones, o, al final de la obra, el juicio sintético que le merecía. Y si el libro no existía en la Biblioteca Nacional, se lo obsequiaba. Recuerdo que cuando en 1902 emprendí viaje a Europa, no había llegado yo a Panamá, cuando mi modesta biblioteca privada, formada con los obsequios de los escritores americanos de mi generación y con los libros que yo había adquirido en varios años de atesoramiento de cultura, pasó a integrar el acervo de la Biblioteca, sin más trámite que la disposición de mi padre, que presumió en mí, como hereditaria, la generosidad que le caracterizaba. Esa costumbre de mi padre de poner notas y apostillas en los libros que leía y de donarlos a la Biblioteca, le concitó la enemistad de Rufino Blanco Fombona. Este escritor, panfletario venezolano, indudablemente de mucho talento y sentido artístico, había escrito un libro de versos en el que tuvo el deplorable gusto de poner a guisa de prólogo o introducción un libelo fustigando brutalmente la vida pública y privada de Andrés Mata, otro poeta estimable, llevando la malignidad hasta ultrajarle relatando ciertas o calumniosas desventuras conyugales, en las que Mata quedaba cual digan dueñas. El tradicionista escribió una nota reprochando la falta de decencia y de hidalguía del libelista, y su irrespetuosidad al lector culto al hacérsele leer ese cúmulo de indecencias e infamias empotradas en un libro de poesías, algunas espirituales y hermosas. En 1912 el señor don Manuel González Prada, que sucedió a mi padre en la dirección de la Biblioteca Nacional y que por implacable e incomprensible odiosidad de emulación trató de dañar y desmeritar la obra de Ricardo Palma, envió a Blanco Fombona el ejemplar del libro o la copia de la apostilla que pusiera el tradicionista bibliotecario; por lo menos, así lo declaró Blanco Fombona en un artículo en el que se lamentaba de haber cedido a resquemores de amor propio herido y estimulado por la delación de González Prada, para escribir apasionados e injustos dicterios contra una de las más grandes figuras de las letras americanas, inventando fábulas denigrantes para herirle, como las que estampó en el prólogo de una edición de las "Páginas libres".

Don Ricardo Palma había tenido siempre en alta estima a González Prada, y como un homenaje de aprecio de su talento le dedicó un folletito conteniendo traducciones de las poesías de Heine, que se distribuyó entre los asistentes a la fiesta literaria de incorporación de González Prada al Ateneo de Lima. En 1887 preparó González Prada un discurso que tuvo gran repercusión porque era una reacción contra el pasado y se vilipendiaba en él la obra política de los forjadores de la república: en esa vibrante pieza literaria se estampaba la famosa frase de "los viejos a la tumba

y los jóvenes a la obra". Palma publicó moderada crítica, en la que reclamaba de González Prada mayor serenidad y ponderación para juzgar la obra de los hombres de la generación posterior a la independencia, pues si muchos errores cometieron y muchas taras tuvieron, en ciertos puntos de vista hicieron también buenas cosas y algunos méritos tuvieron. Palma tenía entonces 54 años y González Prada ocho o diez menos: propiamente ni el uno representaba la vejez decrépita, ni el otro la juventud ardorosa y renovadora; pero la muchachada literaria quiso ver en los dos escritores los símbolos de dos edades y de dos direcciones espirituales contrapuestas, y se puso, naturalmente, al lado de González Prada, atacando con virulencia y descortesía groseras al tradicionista. González Prada rehuyó la polémica, pero hizo que todos los gozquecillos de su traílla mordisquearan los talones de su crítico. Desde entonces González Prada fué sedimentando una animadversión feroz contra mi padre y que crecía con el ascensional prestigio de éste y la afirmación de su obra. Este odio siguió incubándose hasta que en 1912 tuvo oportunidad de desahogo. Por razones indirectas de política, González Prada ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional, sucediendo a mi padre, que la renunció insistentemente en un gesto de dignidad. Don Manuel encontró oportuna esta situación para empequeñecer y denigrar cuanto pudo la obra rastauradora de la Biblioteca que realizó Ricardo Palma, viéndome yo en el caso de refutar a ese apasionado agresor en artículos bastantes duros. Fué entonces que González Prada cometió la reprochable acción referida por su panegirista Blanco Fombona, quien por lo demás cumple justicia al encomiar la obra literaria de González Prada. Cuatro o cinco años después falleció un antiguo empleado de la Biblioteca y mucho tiempo compañero y amigo mío. Al sepelio del modesto empleado concurrieron su jefe y yo también, siendo esa la primera vez que nos encontrábamos juntos el enemigo pertinaz de mi padre y yo. No sé por qué el deudo que distribuyó las cintas de honor del ataúd puso a don Manuel detrás de mí, y por largo rato en las avenidas del cementerio me parecía sentir en la nuca las miradas rencorosas del aparentemente sano y fuerte luchador de ideas. Era un día caluroso, y hubo un retardo en la llegada del sepulturero. De pronto, durante la espera, hubo una gran revuelo en el fúnebre cortejo: el señor González Prada había caído fulminado al suelo, víctima de un repentino ataque cerebral o cardíaco. Mi hermano Ricardo, médico y cirujano distinguido, se había excusado de ir al cementerio por urgencias profesionales y se había limitado a dejar su tarjeta en la casa del extinto; pero no pocos que ignoraban esta circunstancia reclamaban su intervención en auxilio del ilustre enfermo. ¡Misterios del destino! González Prada, que con inexplicable pasión se había comportado con mi padre, yacía pálido y doliente, ante mí, y se pedía el auxilio salvador de otro hijo del ofendido, y que, para mayor ironía, se llamaba Ricardo Palma! Diez o doce días después se repetía el fatal ataque y el señor González Prada fallecía. Y algo también misterioso, que jamás será desentrañado, ocurrió. En momentos en que el anciano escritor abandonaba la vida, sonaba el teléfono en casa de mi padre, y alguien que no sabemos quién fuera, dijo a mi hermana que el señor González Prada deseaba hablar con don Ricardo Palma. Este se había quedado en cama cuidando un romadizo, y tal expresó mi sorprendida hermana, cortándose enseguida la conexión telefónica Pocas horas después era del dominio público en Lima la triste noticia de la muerte de don Manuel... ¿Fué esa llamada telefónica la oficiosidad de algún ruin espíritu que pensó que podría ser grato al ofendido tradicionista la noticia del duro trance que pasaba su ofensor? ¿Sería una de esas cosas raras que ocurren entre el cielo y la tierra, al decir de Horacio en el "Hamlet"? ¿Acaso en la hora en que la conciencia humana, según piensan los cristianos ortodoxos, hace una liquidación de saldos morales, quiso don Manuel cancelar cuentas?... No se sabrá nunca lo que ello fué. Cuando al día siguiente, mi padre, que ya casi no veía, agobiado por el peso de ochenta y cinco años de infatigable lectura, se hizo leer los diarios, se enteró de la muerte de González Prada. Después de un momento de silencio, movió melancólicamente la cabeza, exclamando:—¡Pobre Prada!... ¡No creí que me adelantara el viaje!... ¡Hasta en "eso" ha tenido emulación! ¡Fué injusto y apasionado conmigo; pero tenía talento! Fué la apostilla que en el libro de la vida del eminente ensayista, quizá la última, hizo el tradicionista, mientras en la barca fatal arribaba a la otra ribera del Aqueronte el pálido y barbado viajero. Y el barquero adusto comentaría:—¡Cosas de don Ricardo!

Clemente Palma

Santiago de Chile, febrero de 1933.

Estampas

Hablamos para salvarnos

Lo grave es la conformidad perfecta

= Colaboración directa =

"No se haga ilusiones—nos dice alguien enterado de cosas del país—y tenga por seguro que Martí y Sarmiento seguirán inéditos para las mocedades de por acá. Nada nuevo traerá Ud. relativo a las enseñanzas de los dos más grandes pensadores de América. Hace quince años o más, don Joaquín García Monge, en brillantísimas conferencias dictadas en el extinto Ateneo, divulgó con claridad asombrosa la obra del cubano y del argentino. ¿Qué aprovechó el país de aquel enorme esfuerzo del señor García Monge? Nadie, estamos seguros, buscó esos hombres y los hizo guías. No podrá Ud. hacer más que él y sírvase de la experiencia para que mate ilusiones".

Precisamente porque no nos hacemos ilusiones es que volvemos a Martí y a Sarmiento con el anhelo de fortalecer nuestra conciencia americana. El señor García Monge dirá ahora que algún fruto dan sus devociones por los hombres grandes de la América nuestra. Sabemos que este tenaz divulgador y sembrador de ideas no espera nunca resultados inmediatos. Y mucho menos abundantes y robustos. Conoce el medio en que trabaja y por esto no le entra jamás desengaño. Si hace quince años Martí y Sarmiento y Bello tuvieron en él un expositor profundo, hoy tienen además un devoto seguidor. Las enseñanzas y la sabiduría de esos hombres han creado en don Joaquín su hondo espíritu americanista. Si no consiguió unidades para la causa que hiciera de ellos guías de la gente nueva, no está por eso desencantado. Cuesta trabajo titánico hacer de la cultura preocupación orientadora. Don Joaquín la sabe y no ceja. De seguro si hoy un grupo de gente con alguna inquietud fuera a pedirle nuevas conversaciones acerca de Sarmiento y Martí y Bello, él diría gustoso que buscaran sitio y fijaran la fecha. No se pondría a pensar si lo que hizo años atrás dió o no fruto. La continuidad en la obra es para él norma grande cuando se está dando la batalla en el rumbo de la cultura. Si no unas generaciones, otras oirán la voz.

Y en cuanto a nosotros, el consejero pesimista olvida al pedirnos que no nos hagamos ilusiones, que al decir a los demás que busquen las ideas de que está nutrida la obra de nuestros próceres, tan solo estamos ordenándonos a nosotros mismos. Nos inspiramos en don Joaquín García Monge para volver a esos hombres de superior visión y de hondo saber. El quiere que nuestras generaciones desentrañen el pensamiento que sirvió a esos creadores de naciones para hacer lo que hicieron. Nosotros, que pertenecemos a una generación apoltronada, oímos su voz y en lucha contra el medio hablamos de Sarmiento y de Martí y de don Cecilio Acosta. Pero no olvidamos lo que somos. No olvidamos que sólo tenemos capacidades llenas de limitaciones que nos bordean y nos dejan la vida casi en un páramo. Hablamos para salvarnos. Porque nos encontramos zozobrando oteamos rumbo. El medio devora voluntades y aspiraciones. Y engaña al que devora haciéndole sentir que ha crecido cuando le ha dado jerarquía material y

no cultural. Surgir, lo que es surgir en los países tiranizados por medios ambientes muertos, es acabar con la capacidad para crear obra de duración y fecunda. Vemos surgir a alguien y si es apocado, lo colocan en el nicho que le servirá de prisión. De allí no saldrá más para funciones vivas. El nicho le señala un camino de rutina, silencioso, indiferente. Si es osado la prisión es de clase diferente, pero prisión siempre.

El ejemplo de estos creadores de la América nuestra es grande precisamente porque muestra la libertad con que ellos se movieron en el ambiente que trataba de ceñirlos y matarlos para la obra fecunda. La barbarie crecía por todos lados y contra ellos echaba su destrucción. Destrucción implacable, fuerte como tempestad que descuaja y remueve. No se abatieron y fueron superiores al medio. Esta superioridad perduró. En cambio, el medio como llama satánica desapareció. Los creadores hicieron su obra lenta y tenazmente. No se dejaron tentar por los engaños del ambiente. Conocieron el sacrificio y supieron cuán fácil era aprovecharse de la comodidad. Pero fueron espíritus de visión inmensa y dominaron un medio bárbaro. Fuerza de titanes tuvieran y la emplearon en una conquista majestuosa. Para ellos la nación por la cual batallaban no vivía sólo los años que ellos vivieran. La concebían como algo permanente. Y esta concepción grande transformó el ambiente matando incultura, desbarbarizando.

Y el que no se resigna a que el medio lo atrape tiene por fuerza que alimentar su inconformidad yendo a desentrañar la enseñanza de esas vidas. Dan alientos y espíritu varonil. Hacen sentir que es cobardía volverse indiferente a las cosas del medio, por comodidad o por escepticismo. Una y otra actitud matan el poder de rebeldía, tan necesario en el hombre que vigila, que quiere vivir y no vegetar. No nos hacemos ilusiones, pero afirmamos que si no se abandona la lucha y se predica hoy y mañana y todos los días contra el medio, el medio es vencido. Lo grave es la conformidad perfecta. Tenemos que prepararnos para ser inconformes. Tenemos que meditar y estudiar. No lo confiemos todo a la improvisación. Por este vicio estamos volviéndonos miserables. Y los Sarmiento, y los Martí y los Bello nos enseñan que fueron siempre hombres de estudio. Por el estudio adquirieron armas para luchar contra la incultura. Jamás se les vió improvisar lo que necesitaba conocimiento. Porque estudiaron, fueron libres y no se dejaron encadenar a engaños y tentaciones. Todas las posiciones fueron interinas para ellos. Hasta las de más honor las retuvieron mientras les sirvieron para crear. Y creaban hablando, censurando, imponiéndose al medio. Jamás en el silencio. Jamás en la abstención comodidosa que hace medir cada palabra y calcular cada gesto. Sabían que no hay creación sin lucha. Por eso las naciones que formaron o que ayudaron a formar los respetaron y se sometieron.

No nos creemos dueños de puesto alguno de dominio, ni aspiramos a otra cosa que a una inconformidad estimuladora contra el medio que aplana y entumece. Pero nos gusta la lucha honrada y para no rehuirla buscamos la compañía de estos edificadores. Cuando don Joaquín García Monge los ha escogido para formar su espíritu infatigable en la lucha a favor de la cultura y contra la incultura, nos señala un camino grande. No creemos que ha perdido su tiempo. No creemos que lo siga perdiendo con la difusión que de todos ellos continúa haciendo desde las páginas prestigiadísimas de **Repertorio**. Las ideas no se pierden si se difunden con tenacidad. Los que nos sentimos contagiados en el país por el ejemplo del señor García Monge tratamos de ayudarlo, mejor dicho, nos empeñamos en que su siembra cuaje. Ya él difundió por todos los confines. Lo que ahora se necesita es el espíritu que afirme y viva sinceramente principios y doctrinas. Gente nueva que no se resigne a que las cosas continúen en esa infecundidad mortal. Gente nueva que sienta como urgencia y deber el intervenir en los negocios públicos dándoles orientación, librándolos del acaparamiento de los traficantes y de las mediocridades aplanadoras. Sin gente nueva no hay redención posible. Y nada más grande para formar el entendimiento de la gente nueva que las doctrinas de esos hombres batalladores. La barbarie que a ellos los atormentó mientras lucharon heroicamente no ha terminado. No es tan aterradora, pero sigue siendo barbarie con los mismos poderes de destrucción. De manera que inspirarse en sus enseñanzas es adquirir capacidades de lucha que hacen recio y visionario el espíritu para la conquista de la cultura.

En un gran sector de personas está arraigada la idea de considerar a estos creadores como figuras que pasaron, sin nada que enseñar en los tiempos que ahora mueven otras corrientes de civilización. En el fondo de esa idea no hay sino incomprensión de la obra permanente que esos creadores realizaron. Si nos hubiéramos puesto a estudiarlos tratando de penetrar lo que su estudio y su meditación concibieron, habríamos impulsado la civilización que hoy nos falta. Pero los hemos relegado y la verdadera función de civilizadores no hemos querido exaltarla porque les tenemos miedo a las ideas. Vivimos de la comodidad y sólo nos mueve la empresa remuneradora. Los que ejercen gobierno como los gobernados orientan por rumbos fáciles aspiraciones y realidades. De esta manera el ambiente continúa agresivo para todo empeño cultural. La mediocridad se impone, es decir, continúa en el dominio que no se le ha arrebatado desde los tiempos que dieron fortaleza a los creadores de la América nuestra.

Explicamos nuestro anhelo de difusión de las enseñanzas de los grandes que han dado estructura a nuestros pueblos, para que se vea que no nos mueve otro empeño que el de seguir la obra ejemplarísima de este don Joaquín García Monge. Seguiría, decimos, y la expresión es aprovecharla. La difusión está hecha y lo que precisa es afirmarla, vivir conforme a principios que hicieron a aquellas almas dominadoras de la barbarie. La gente nueva de nuestros países debe aprovechar el llamamiento que se les viene haciendo con tanta tenacidad. Establezcan el contraste con lo existente y digan si es decoroso continuar en ese estado miserable de incultura.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1933.

MOMENTOS TROPICALES

En el delta del "Reventazón"

Poema libre, de tinte americano

= *Envío del autor.* San José, C. R. =

AMANECIENDO

Es la aurora; y con ella el aliño ancestral.
Es la alborada:
la que semeja la creación de la nada.
Es la luz con su estela de embeleso triunfal.
Es la porfía
en que irradia el fragor del nuevo día.

Llegóse—tramontana—la deidad rosicler,
pródiga en dones.
Uncidos vienen a su carro los bridones
Lampo, Faetonte,—que violan el amanecer
donde la diosa
pule la filigrana con sus dedos de rosa.

———

Ronda una suave claridad que avanza
como un fulgor
e invade la tiniebla en derredor...
Pronto emerge en abrupta lontananza
el astro rey,—
el alma de Natura y de su grey!

Resuena en los espacios la algarabía cam-
[pestre...
Del mar en el escollo clamorean las gaviotas
su graznido de loa, férvida salutación...
Y en el rudo linaje del ámbito terrestre
prorrumpen impetuosas las critalinas notas
de la selva que afina su prodigioso orfeón.

———

En su canto febril dice la chorcha de oro
la alegría del vivir...
Junto a la tranca,—sobre el mirto casero,—
el yigüirro filial alardea del esmero
de su sentir,
en el ir y venir
del rondó que tamiza su trino plañidero.

Al amor del naciente firmamento,
—en su vívida proeza,—
acuden en parvada bulliciosa,
los papagayos, que corean el portento
de la Naturaleza,
el retornar de su lumbre auspiciosa!

Del prado—allá en la linde—brama el toro,
atento a los balidos del corral,
do el voraz ternejón
hurga el ebúrneo, ubérrimo tesoro
del materno caudal.

———

En el aura hay efluvios, en el espacio aromas;
hay en el aire numen; hay trémor en la fronda.
Puebla el vacío un éxtasis de divino ex-
[travío...
Oh refulgente Sol: es que tu disco asomas!...
Roto el cendal de niebla, tu risueña faz blonda
es símbolo de ardor, de vida y atavío.

¡Oh grata sinfonía del primer arrebol!,
cuando la tierra comulga con el sol
en mancomún unción...
Sobrecogida y muda el alma humana,
no atina a balbucear su gran hosanna
de glorificación
de la mañana!

MEDIO DIA

El astro en el cenit. Diáfano el horizonte.
Reinado del marasmo. Su monarca el río...
El viento se satura de esencias seculares...
En distante confín, la arista azul del monte.
Cercano el mar, con su rimado vocerío...
Vistosa el alma, en su tul de azahares...

Todo es quietud, sosiego,—en absorta natura—
que trasuda el hervor de plenitud del día.
El nervio—se dijera—del ser y de la planta,
en un ansia letal se transfigura,
como si se sintiera la ambrosía
tropical del rayo que amamanta
la ternura.

Todo impulso se apaga o se diluye
en la huraña modorra del marasmo.
El ansia no espolea;
el instinto huye,
cediendo su hora al forestal espasmo
en la siesta floral de Galatea...
Es la tregua de Pan,
en tanto priva Ceres
en su lecho de afán.

———

No empece el señorío
de la pausa vital, se percibe el avío,
—signo de pulsación de aliento integral,—
que pone en cada soplo su acento sideral.
...Hay como un eco, en que anida y se absorbe
el respiro febril del hálito del orbe...

La selva calla, o se adormece...
En el playón de estío,
—hurtándose al bohío—
el saurio se guarece,
ofreciéndose inerme
al deleite que duerme
a la vera del río...

———

Duerme el remanso... Allá en su seno,
—en el cieno fecundo—
busca el pez errabundo
su forraje.
Y en el cristal sereno,
simulan maridaje
la linfa y el paisaje...

———

En el cubil duerme el jaguar;
y en la grieta la iguana...
El viento al aletear
en la ceiba lejana,
acaricia la péndola
—hechizo de oropéndola,—
balanceando el primor
del nido precursor...

———

Todo es sueño apacible. Es más bien un en-
[sueño.
Es la grácil quietud del embeleso.
Es un dulce beleño,
un síncope risueño
que Febo nos depara, en su fúlgido beso...

Bajo el tórrido afán que todo inflama,
ha surgido la sombra con su escama;
bajo la copa umbría
sienta reales el día...
Apáganse las voces del barullo
en transporte anheloso:
reina el goce mimoso
bajo el cálido arrullo...

ATARDECER

Ha pasado el oficio
en el templo de Osiris,
tras el último indicio
del arco-iris.
En el supremo alarde
de su coquetería,
allégase la tarde
en pos del día.

En pos se fué la flama que diambula;
—y surge un aire breve,—
un céfiro en que ondula
el olor del pensil, la esencia leve...

Va cediendo el bochorno
que circunda el contorno.
Trueca la somnolencia, un despertar
de agreste melodía.
El miraje retorna a señorear,
matizado por arte de un color
triste, que plasma en el fervor
de la melancolía.

Vino la tarde,—penumbra, rogación,—
al correr de los pliegues de la celosía...
En el llano, en la cumbre, en la alquería,
pone su altar el ángelus:—unción,
mortaja y letanía...

———

Cunde el ocaso
con su zafir de oriente mortecino.
Brota el celaje,—
con la nube de plata,
y la nube de vino
de color escarlata;—
la nube de trensaje
que remeda el boscaje—,
en medio del derrumbe
del astro que sucumbe...

———

Por el cerril otero
salta el culleo artero,
en finta circular...
Y en la hirsuta maraña,
atisba el alimaña
el fin crepuscular.

Busca el ave su nido,
de la fronda escondido
en el ramaje.
Busca la mariposa,
asilo de la rosa
en el encaje.

———

Entona un salmo el guaco
—de refrán elegiaco—
frente a la serranía...
Se yergue y canta el gallo
aquel son de desmayo
que asume alegoría...

———

Adiéstrase el cocuyo.—
en su cándido orgullo,
en su nimio tesón,—
a romper la penumbra
que su fanal alumbra
a guisa de ilusión...

———

Acércase la noche misteriosa:
serenidad suntuosa!
Y viénese con ella el urgir del descanso—
bajo su palio manso,—
tras el diario pregón de la brega animosa.

Tras de la ruda faena,
tras el duro avatar
del trabajo o la pena,
la dulce tarde—en su aspecto piadoso,—
es el rito de preces, en ajuar:
es el preludio del reposo.

Víctor Guardia Quirós

NOTA.—Este poema, escrito en noviembre de 1927, ha sido retocado para *Repertorio Americano*.

Economía Doméstica. A

Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas

7.—Las telas

= *Envío de la autora*. México. D. F. =

(Véase la entrega 19 del tomo en curso

Mujer campesina: entre muchas de tu estirpe queda aún la nobleza de saber usar las manos sabiamente. La lana, el algodón, el cáñamo o el ixtle pasan por tus dedos que saben el milagro de hacer hilos finos que sirven después para tejer, la cobija que abriga y la tela que cubre el cuerpo.

Tienes, mujer campesina de México, una habilidad sorprendente. De tus manos salen telas, petates, canastos; tejes palma para sombreros. Conserva tu habilidad, ejercita a tus hijos en el huso, en la rueda y el telar. Industria primitiva, dicen muchos con menosprecio, cosas ordinarias que se venden a bajo precio.

Pero tú sigue en tu tarea. Los telares primitivos, los petates ordinarios, el junco, la palma; todo lo que se hace en la casa, es lo que forma nuestra más rica herencia; por la industria doméstica tendremos libertad y abundancia.

Es necesario, mujer campesina, que conozcas el valor de tu saber. Cuando aprendas a leer sabrás de todas las bellas leyendas que se cuentan a propósito de la sabiduría de hilar y de tejer. Piensa también que tus manos tejen y tu labor da a tus hijos ejemplo de habilidad y trabajo. Con la tela tejida por tus manos, das abrigo a tus hijos y la tarea es grata a toda la familia; tu marido también teje, tus hijos cardan o hilan y entretanto se está en tu casa formando la virtud doméstica que hará a la Patria grande y a tus hijos felices.

Te voy a contar dos pequeñas historias de mujeres de otros tiempos que hilaban y tejían.

Cuenta una vieja leyenda que una mujer muy bella quedó sola en el lugar donde su esposo reinaba. El tenía que ir por el mar en una empresa arriesgada. En aquel lugar era costumbre que si el marido no volvía en determinado tiempo, la mujer era libre y tenía que elegir entre los hombres del lugar un nuevo marido.

El marido de esta bella mujer se perdió en el mar y fué a dar a una isla en donde habitaba una diosa. La diosa se enamoró de él y no lo dejaba salir de allí.

Entretanto, y de acuerdo con la ley del país donde había quedado la esposa, ella debía de elegir un nuevo marido de entre los hombres que la enamoraban.

Ella tejía lino y hacía muy bellas telas; en aquella tierra tejer lino era una ocupación de las señoras principales; la mujer de nuestra leyenda pensó entretener a sus pretendientes y a las autoridades. Les dijo que cumpliría con la ley y elegiría marido tan pronto como terminara el lienzo que estaba tejiendo, pero es el caso que tejía en el día a la vista de todos y por la noche desbarataba lo que había hecho en el día. Así pasó mucho tiempo y antes de que la tela estuviera terminada regresó su marido y reanudaron su vida de matrimonio.

Se cuenta también de una mujer joven y bella que estaba enamorada de un hombre joven, valiente y noble. En esto él se vió sometido a una prueba; se trataba de dar muerte a un monstruo que hacía muchos perjuicios entre los vecinos del lugar. Pero lo más peligroso no era matar al monstruo, había que entrar por un lugar que era un laberinto y donde ya muchos hombres se habían perdido.

La joven estaba segura del valor de su prometido, no dudaba que mataría al monstruo, pero le asustaba pensar que una vez dentro del lugar donde el monstruo vivía no pudiera salir y muriera de hambre.

Mientras hilaba, se puso a pensar cómo podría ayudarle a su amado a evitar el peligro y decidió hacer un hilo muy fuerte y que fuera inmenso. Cuando lo hubo terminado le propuso a su novio ir con él a la puerta del laberinto, quedarse allí teniendo el hilo que él llevaría al interior por la punta. De esa manera el hilo enseñaba el camino de regreso. Así lo hicieron. El hombre llegó sin mucha dificultad hasta el lugar donde estaba el monstruo, allí lo mató y regresó fácilmente siguiendo la señal del hilo. Una vez fuera todo el pueblo le colmó de honores porque lo había librado del monstruo y disfrutó del amor de su novia y del favor de los dioses.

Hay otras muchas leyendas, como estas que te conté. El arte de hacer telas dicen las leyendas que fué enseñado a la mujer por una diosa; lo cierto es que la necesidad ha creado tales habilidades; en fin esa industria tan familiar para ti quiere decir que tienes una gran habilidad que no debes dejar perder.

En los pueblos unas mujeres siembran huertos, otras crían animales y otras tejen cobijas, rebozos, morrales, palma para sombreros, petates, canastas. Algunas saben mucho y hacen varias cosas a la vez. Todo ese trabajo da riqueza, la venta de esos objetos aumenta los recursos de dinero y las cosas que no se venden adornan la casa y le dan mayor comodidad.

Para hacer vestidos, primero hay que tener tela y es de más mérito el vestido que tú tejes que el de bonito corte y de tejido muy fino.

Tiene más mérito, porque tú puedes estar vestida siempre en tanto que muchas mujeres que tienen bonitos vestidos andarían desnudas si no pudieran comprar las telas ya hechas.

Cuando tus hijos aprendan a leer bien, pregunta cuáles libros te pueden leer para que sepas cómo se ha formado la historia del tejido de las telas.

Si tú no tejes ni hilas, deja que tus hijas visiten y ayuden a las familias que tienen telar, que aprendan a hilar aun cuando compren telas hechas. Así no pierden el sentido de cómo se hacen las cosas y aprenden a respetar y a estimar al que sabe y no perderán la nobleza que da el manejo del telar.

En los tiempos antiguos algunos poetas hicieron sus mejores versos mientras tenían ocupadas sus manos en el telar.

Conocí últimamente una familia campesina que da gusto mirar. Cuando el padre y los hermanos mayores llegan del campo, la casa ya está limpia, la comida preparada para la noche. Mientras el sol se mete todos se reunen, si llueve, dentro del cuarto; si el día es lleno de sol, debajo de un árbol. El día que yo los visité, por indicación de un maestro rural que admira mucho a esta familia, los hallé a todos ocupados. El hombre tejía una cobija, la mujer un ceñidor, el hijo mayor cardaba lana y dos pequeños hacían el hilo. La muchacha mayor tejía un fino tapete y un muchachito como de cinco años hacía un petatito de juguete. Esta familia es próspera, está contenta. La mujer es trabajadora y limpia, el hombre es fuerte y virtuoso. Allí hallé un hogar ejemplar y una cordial acogida; mi amigo el maestro rural y yo pusimos manos a la tarea y no interrumpimos la intimidad de esa familia laboriosa.

En la próxima plática te hablaré del vestido, de la ropa de las camas y de otras ropas que se usan en la casa.

Elena Torres

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

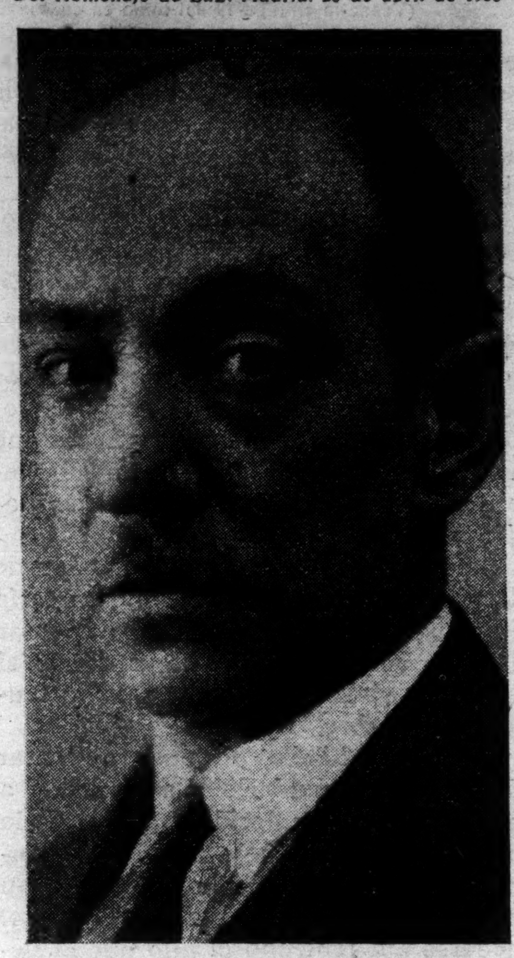
Félix Lorenzo

= Del Homenaje de *Luz*. Madrid. 25 de abril de 1933 =

Félix Lorenzo era esencialmente periodista. Son muchos los discípulos de Voltaire en cuanto a sus ideas y sentimientos; son pocos en cuanto a sintética claridad, ligereza de ingenio. Y nuestro Félix Lorenzo, como periodista, era un buen discípulo de Voltaire. El padre Feijóo, que es en España el patrono de los periodistas, dijo, hablando del escritor francés: «La delicada pluma del señor de Voltaire». Y es lo que en este triste trance de la muerte de un compañero querido debemos rememorar y desear: que todo periodista posea un instrumento de trabajo que tocándolo todo, y escudriñándolo todo, y haciendo la crítica de todo, sea delicado.—**Azorín.**

Tan inesperada y súbita como la dolorosa noticia de su suprema ausencia, fué la grata revelación de su arte. ¿Pero quién escribe esos admirables articulitos?, pregunté un día. Y al saber que era Lorenzo, quedé sorprendido. Aquel silencioso, de aire tímido, guardaba un humorista maravilloso. España es lugar de precoces y de tardíos. Las circunstancias dictatoriales hicieron dispararse las virtudes del humor—Cervantes, Quevedo, Larra, Baroja,—la facultad preciosa de hendir la realidad y atacarla por un flanco imprevisto. ¡Pobre buen amigo «Heliófilo»! Cultivó un noble arte y no cayó en juglería. Como buen hispano, se estremeció ante la iniquidad y la ridiculez, y entabló una vez más la lucha secular—digna, elegantamente—a favor de las cosas que deben ser.—**Américo Castro.**

Los hombres que unen a su gran mérito una mayor modestia nos son especialmente simpáticos. A esta rara estirpe pertenecía Félix Lorenzo. Y la simpatía nuestra se acrecentaba ante la valiente sinceridad con que declaraba y mantenía su juicio sobre las cosas y los hombres.



Félix Lorenzo
(Heliófilo)
† el 24 de abril de 1933

Van escaseando, por desgracia, lo mismo la valentía consciente que la modestia del verdadero ingenio; y así, cuando desaparece quien, como Féliz Lorenzo, en tal grado poseía ambas cualidades, nuestro pesar se hace más vivo y más intenso.—**Hermanos Quintero.**

Yo soy hombre que en mi primera juventud era republicano y anticlerical. Después he ido evolucionando y he abandonado el republicanismo y el anticlericalismo. No tiene nada de particular que lo que hoy es actual en España para mí, dentro de mi espíritu, sea algo pasado y olvidado. Félix Lorenzo era republicano y anticlerical. Hoy son para mí éstas dos posiciones políticas que no me interesan gran cosa. Como escritor, Lorenzo era, indudablemente, claro, gráfico y preciso. Un heredero de Mariano de Cavia.—**Pío Baroja.**

Recordaré siempre muchas de las «charlas» de «Heliófilo», como se recuerda una risueña lección literaria y vital.

Entre ellas la «Defensa del lugar común», donde Félix Lorenzo recomienda una «discreta versión» a la frase consagrada, no precisamente su exterminio.

Las «Charlas al Sol» constituyen un precioso libro escrito al servicio de la actualidad y para sobrepasarla.—**Benjamín Jarnés.**

Félix, entrañable hermano, te marchaste sin Fe al país de la eterna sombra, hermano y maestro en bondad y justicia, te llevas en tu partida algo muy hondo de mi ser.

Hermano Félix: Este caricaturista llora como un niño tu alejamiento al más allá que, como tú, cree que todo es sombra.

Ya no nos podremos abrazar más, hermano.—**Bagaría.**

Heliófilo

= De *El Espectador*. Bogotá =

Félix Lorenzo, el ingenioso escritor español que dilató la fama de su seudónimo "Heliófilo" en todos los dominios de la lengua de Castilla, ya no es de este mundo. Murió como debiéramos aspirar a morir cuantos amamos este oficio trascendental y pueril de llenar cuartillas a diario. Sobre el último comentario, sobre la última sonrisa, bajó la cabeza y se quedó dormido.

Representó Heliófilo en el periodismo español el donairoso papel del repartidor de alegría. Tuvo el talento de la síntesis para reducir a las más pequeñas proporciones toda una situación, aun la más enrevesada, y el ingenio sutil indispensable para hacerle la crítica definitiva en dos frases sonrientes. Salsa de delicioso sabor, la diminuta crónica diaria de Heliófilo en "Luz" componía cualquier comida. Nada, importaban otras prosas indigestas, por lo abstruso del tema o lo pesado de la frase, si en la misma página se hallaba el condimento de Heliófilo.

Como verdadero maestro de la crónica, trató todos los temas. De los más humildes extraía la grandeza. A los más encopetados les sabía encontrar la parte cómica, ridícula, el tributo que rendían a la vanidad o a la estulticia, la farsa eterna del hombre. Como D'Artagnan bajo la capa de Porthos, desde temprano supo que hay muchos fondos raídos en lo que se exhibe flamente y reluciente.

No se dejó influir por el boato de la realeza. La aristocracia estaba para él en el talento, en la dignidad, en la nobleza del corazón antes que en los puestos y en los pergaminos. Tenía un aspecto de señor serio, de burgués metódico, pero tan pronto como empezaba a hablar se deshacía en multicolores chispas de festividad y de gracia. Fué acaso un filósofo, como todo humorista, con espejos cóncavos y convexos en una retina detrás de la retina para copiar, deformándolos, a los estirados principios y a los personajes estirados de la humana comedia.

Sus "Charlas al Sol", como casi todas las producciones solares, fueron escritas a la luz de la luna. El sol era para los demás, era el desayuno del diario. Mientras los lectores saludaban el alba con una carcajada precursora de buen día, merced al ingenio del cronista, Heliófilo, abrigado en su lecho, dormía como un bienaventurado. Se levantaba con el sol caído y lo recogía para meterlo en su crónica. Durante muchos años hizo ese milagro. Hasta que al fin se le rompió un resorte, el resorte del muñeco encantador, y cayó desgonzado. La cabeza llena de sol se hundió en la noche y el salado espíritu se difundió en el aire. Queda un recuerdo querido de ese hombre bueno y una inmensa tristeza—egoísta somos todos al fin—por la ausencia en lo porvenir de sus crónicas maravillosas.—**Lenc.**

...Entre los países europeos, España es quizá el pueblo que menos confianza ha cobrado a la imprenta: en tanto Francia publica libros cínicos y banales, y los escritores alemanes envían a sus editores esbozos incompletos y arbitrarios, los letrados españoles pulen y meditan sus obras, las retocan y modifican, y al fin dan a luz un libro sin frescura. Sin embargo, el periodismo de los últimos tiempos ha cobrado allí una gran presteza y gracia, y los diarios republicanos inundan la península con clara risa de agua. Sobre el caudal ligero, una burbuja luminosa, multicolor, en cuya cúpula diminuta e irisada el panorama político se reflejaba con sutiles deformaciones: la croniquilla de "Heliófilo".

El cable nos cuenta que esa burbuja brillante, matinal, llena de cielo, se ha apagado definitivamente. Se ha quebrado el monóculo que amanecía todos los días sobre Madrid como un sol joven. La pluma de Félix Lorenzo rodó sobre el escritorio, y no va a volver a danzar alegremente sobre las cuartillas. Era el escritor más ágil y agudo de la república. Escribía como quien conversa en el café, como quien comenta en el corrillo.

Y el mundo español, que está lleno de gentes adustas que hablan como quien escribe, se sentía feliz al leer esas líneas sonrientes, sencillas, henchidas de sentido común. Heliófilo tenía un enorme valor representativo. Cuando él trataba un tema, el lector medio se ahorraba el trabajo de pensar sobre ese problema. Se limitaba a ponerse de acuerdo con Félix Lorenzo. El hubiera opinado lo mismo; se hacía esa ilusión. que no era otra cosa porque "Heliófilo" estaba muy por encima del nivel medio, como que fué uno de los más grandes periodistas de la España contemporánea, así burla burlando.

Cuando "Heliófilo" opinaba, hacían su confidencia los ciudadanos del tranvía. del "círculo", del bus, del club, de los zaguanes y tertulias. Va a hacerle falta a la república esa estampilla diminuta y valiente de las "Charlas al Sol".—**E. C. E.**

Imprenta LA TRIBUNA